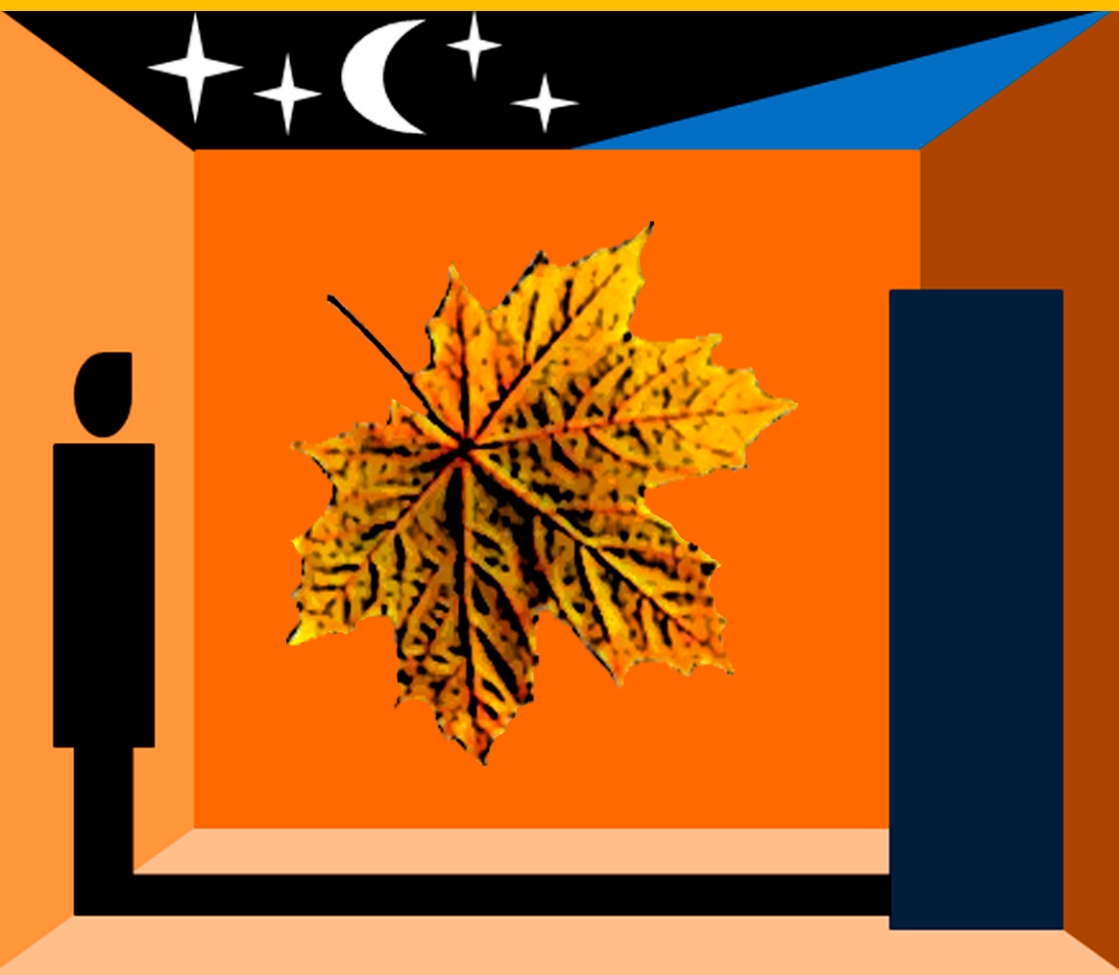


Elías Alejos

20 Canciones de Amor para Lina Mercedes



Elías Alejos

20 Canciones de
Amor para
Lina Mercedes

Prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra por cualquier medio

© Elías Alejos
e-mail: elias.alejos@gmail.com

Índice

- 1 La chica del zapato.
- 2 Que difícil.
- 3 En vano.
- 4 Tu ausencia.
- 5 Lucy en la oscuridad.
- 6 Paris McHilton.
- 7 Demofobia.
- 8 Mabel.
- 9 El visitante.
- 10 Tu recuerdo.
- 11 Traiciones.
- 12 Las dos moles.
- 13 Aparta de mí este cáliz.
- 14 Casi un cuento de Navidad.
- 15 La carta.
- 16 Happy Birthday.
- 17 Huye Mabel huye.
- 18 Y no pude olvidarte.
- 19 Adiós Viviana.
- 20 En desamor.

Obviamente... a Lina

No hubiera hablado de mi amor
por timidez o por pudor
pero lo habrías visto en mí.
Y me sentía tan capaz
de alcanzar la inmensidad
en un poema para ti.
Dando patadas a un balón
era un muchacho del montón
bastante torpe con los pies.
De haberte visto alrededor
hubiera sido un rey del gol
mucho más grande que Pelé
“Junto a Ti”. Salvatore Adamo

La Chica del Zapato

La chica del zapato era esa chica con la que mi amigo Arturo y yo deseábamos pasar nuestros años de colegiales contemplando el sereno mar desde el viejo mirador sobre la quebrada que va del puente a la arena.

Mi amigo Arturo y ella, o ella y yo, a pesar de la amistad jamás la hubiéramos compartido.

La chica del zapato caminaba sin importarle los chicos que revoloteaban a su alrededor y sin embargo ella fue un descubrimiento nuestro. En honor a la verdad fue un descubrimiento de mi amigo Arturo, así que nunca pude refutarle cuando él me decía: *Yo la vi primero.*

Mi amigo Arturo la descubrió un día de esos tantos que solía llegar tarde al colegio, que además era un don que yo también poseía, y el autobús lo dejó en la esquina del colegio femenino Mercedes Indacochea. Luego de bajar esforzadamente del autobús abriéndose paso del resto de pasajeros, detrás de él y sin mayor esfuerzo también bajó una chica muy tranquila sin importarle lo tarde que ya era.

Fue esa mañana de niebla marina que luego de bajar del autobús, la chica apoyó un pie sobre los entonces carcomidos cimientos de un antiguo enrejado que para esos tiempos ya era inexistente, reducido por la sal marina de las mañanas a tan sólo unos ángulos metálicos clavados en el descascarado cemento. La chica humedeció sus largos y ornamentales dedos índices, con la savia de sus labios y dio una limpieza a sus zapatos bajo la mirada atenta y sorprendida de mi amigo Arturo. Entonces desde aquella tarde en que mi amigo Arturo me pidió que le haga “la taba” para dar una vuelta por el colegio de las chicas se refirió a ella como: *la chica del zapato*.

La chica del zapato tenía largos cabellos de un color castaño claro que se hacía rubio al sol. El rostro blanco, quijada lánguida, pómulos de copos de nieve levemente rociadas de fresa vainilla, frente alisada, ojos de cielo virginal, rosados labios brillantes como dos pétalos humedecidos por el rocío matinal, sus blancos brazos estaban sembrados de finos bellos rubios que brillaban como auras doradas en las tardes de sol, siempre vestía

con la blusa suelta con una punta hacia fuera, sus manos llevaban tres anillos por dedo, los mismos que se iba sacando hasta dejar sólo uno justo cuando entraba por la puerta del colegio y se los volvía a poner tan pronto daba el primer paso fuera, junto a una docena de pulseras, esclavas y brazaletes, unas plateadas y otras multicolor que danzaban en sus muñecas.

Los ojos de *la chica del zapato* eran fascinantes, eran según el tiempo: ámbar frente al brillo del sol, celestes en las tardes de cielo abierto, grises en las mañanas de niebla marina, verde avellana con la naturaleza en redor, y perlas en las noches al reflejo de los blancos faroles del parque municipal. Sólo por vernos reflejado en ellos éramos capaces de cualquier hazaña, esa era una gran dicha ineludible para los entonces adolescente que éramos mi amigo Arturo y yo.

La chica del zapato era de tez blanca sin embargo después de su diaria caminata de seis cuadras, tomaba un tenue color rosado que se tornaba intenso en primavera. En vano intentamos percibir el perfume que llevaba a flor de piel, algunas veces detectamos su aroma, pero era más bien nuestra imaginación o el perfume de otra chica de la que no nos percatábamos porque en esa media hora después del colegio sólo existía ella y sólo existíamos por ella. Como podríamos mi amigo Arturo y yo, pobres mortales, siquiera pensar que podríamos respirar el aire que envolvía a su imagen celestial, sólo observarla ya era un milagro.

Un día, la vieron caminando por la playa, yo no la vi, pero la recuerdo como si la hubiera visto. Tal vez sí la vi, sólo que no me acuerdo que en realidad sí la vi. Pero en mi recuerdo está hundiendo los pies en la arena, con sus zapatos arrugados colgados de su infaltable mochila jean, dejando las huellas de sus pies en la arena húmeda y estrellada de conchas marinas trituradas por las olas incansables. La brisa flameaba sus cabellos y estos filtraban el sol creando doradas estrellas que destellaban alucinantes a la vista. Imposible pestañear por no perder ni medio segundo de su imagen etérea.

El mar y el sol intentaron seducirla, invitándola a bañarse en las tibias aguas, el sol quiso abrazar su piel nueva, pero como si se tratase de dos colegiales más, ella los miraba de reojo, les esbozaba una sonrisa de medio lado y continuaba de largo por la orilla. La misma mirada de reojo, la misma sonrisa de medio lado, sus mismos pasos continuando de largo, fue lo que recibí de ella un día que intenté su amistad. Antes o después mi amigo Arturo también intentó lo mismo y recibió lo mismo que yo. Antes o después muchos otros también intentaron lo mismo y recibieron lo mismo que nosotros.

Los zapatos de *la chica del zapato* eran de esos calzados con una suela entera de caucho corrugado, color negro de badana cuarteada, macerada por el néctar de su boca, con un orlado sencillo dibujado por dos costuras paralelas de hilos fermentados de betún y saliva. Los pasadores negros anchos como de zapatillas deportivas, hacían un enlazado de dos nudos pudiéndose observar

en ellos la forma de sus dedos, caían sueltos sobre su propio trenzado de ojal a ojal, al caminar sus puntas deshilachadas les daban un encanto especial como niñas montado sobre ponis que trotaban en sus pies. Sólo sus talones se encontraban intactos del tratamiento biológico de limpieza y su intacta costura central formaba un surco de crestas brillantes.

Por esos tiempos entre el dibujo y la poesía prefería el dibujo, intenté plasmar a *la chica del zapato* con la tinta azul de mi lapicero varias veces en las hojas rayadas de mis cuadernos, pero fue en vano, era como querer hacer de un sueño una realidad, así ante la imposibilidad de tenerla en un papel que con el tiempo terminaría degradándose, la dibujé en mi recuerdo y ahí está ella intacta como hace tantos lustros, etérea y eterna mientras mi mente la recuerde hasta el fin de mis días. En mis recuerdos tampoco me habla y sigue con la misma actitud hacia mí, y seguro también hacia el resto de hombres que como yo, siempre la recordamos, la misma actitud hacía mi amigo Arturo, hacia el sol y hacia el mar.

La chica del zapato debía ser discípula de Einstein, pues dominaba el espacio tiempo de manera absoluta, y todo a su alrededor tomaba un carácter de relativo. Su masa definía nuestro espacio, su espacio definía nuestro tiempo. En esas tardes con aroma de mar entre casonas coloniales y quintas de quinchá, entre árboles centenarios y rieles intactos del antiguo tranvía, la teoría de la relatividad tenía un nuevo axioma a partir del cual se construía y comprendía el universo: *la chica del zapato*.

La chica del zapato y las cuatro estaciones del año tenían un pacto de no agresión, es más, vivían en perfecta armonía.

En verano nunca faltaba una fresca brisa marina para refrigerar el ambiente que la rodeaba. Las hojas en otoño que caían tristes por las calles, al paso de *la chica del zapato*, se mecían en el aire con un vaivén sereno como habiendo por fin encontrado consuelo a su desdicha. En invierno las lluvias furtivas se hacían tenues garúas. En primavera las flores saltaban de los jardines hacia las manos, hacia los cabellos, hacía el bolsillo de la blusa combinando sus perfumes con el perfume de las manos, del cabello, de los pechos de *la chica del zapato*.

La chica del zapato caminaba por lo general de espaldas al sur por la avenida Panamá y continuaba por Grau daba una vuelta al parque municipal, a veces tomaba la ruta del puente lo cruzaba ante el suspiro de los colegiales presentes, y salía subiendo por la ruta de la bajada a los baños otra vez a la avenida Grau por una de las calles del mercado, doblaba por un pasaje y salía por la calle Raimondi otra vez a la avenida Panamá, la cual cruzaba justo en el momento que el autobús de la línea Los Laureles se detenía en el paradero de la esquina, y entonces ella subía.

La chica del zapato era más para el tipo de chico que era mi Arturo que para el mío, aunque nunca lo quise reconocer en su momento. Sólo hay algo que puede

romper la amistad entre dos amigos: el amor de una chica. Y sólo hay algo que puede impedir el amor a una chica: la amistad de dos amigos.

Mi amigo Arturo y yo estábamos sublimemente enamorados de *la chica del zapato*. Intentamos cada uno, lograr su amistad para luego enamorarla, pero sólo conseguimos de ella: la hora, las gracias, las no gracias, sus sonrisas de medio lado, sus miradas y sus no miradas.

Un día averiguamos el nombre de *la chica del zapato*: era justo el nombre que debería llevar. Era hermosamente sencillo, sólo cinco letras, sólo dos sílabas, una vocal abierta en el primer golpe de voz y luego una vocal cerrada en la siguiente sílaba. No podría llamarse de otra forma. Sin embargo la seguimos llamando como “la chica del zapato”, decíamos: “la llamaré por su nombre cuando sea mía”. De poco a poco se nos olvidó el nombre, al menos a mí. Tal vez mi amigo Arturo aún lo recuerde, pero para mí se seguirá llamando: *la chica del zapato*.

La chica del zapato era una musa, de esas que existen sólo para inspirar, imposible poseerlas, de las que se aparecen sólo a los jóvenes y poetas. A Bécquer debió habersele aparecido *la chica del zapato* cuando rimaba: poesía eres tú. No era el radiante sol de diciembre que ponía fiebre en mis sesos haciéndome delirar en verso. No era el húmedo frío de agosto que con su ventarrón marino me hacía tiritar oraciones. Era *la chica del zapato*.

Mis versos quedaron flotando por el parque municipal, se hicieron parte de la catedral, quedaron grabados en el puente, resuenan levemente en la quebrada que baja a la playa, podían escucharse aun en las noches frescas de verbena, animadas por la banda de música de los egurinos.

Ahora cada vez que regreso por el parque municipal de Barranco, la noche es ruidosa, con olor a sangría, de chicas *Shakira* y jóvenes de voz relajada, la noche es de las discotecas y de los vídeo pub, la noche es de juerga. Me refugio bajo el frontis de la biblioteca municipal donde pasé tardes interminables de lecturas explicadas por el paciente y cortés anciano bibliotecario. Busco mis versos y al principio no los encuentro. Luego se asoman desconfiadamente pero con una sonrisa, salen de la fuente de mármol, salen detrás de las bancas, emergen de los arbolitos tallados, se bajan de las palmeras, me miran desde los orlados de la catedral, suspiran colgados del puente, se deslizan por la quebrada alucinados por el olor a mar y anticuchos al carbón, salen de entre los lugares menos pensados por donde hubiere caminado *la chica del zapato* y por donde la seguíamos mi amigo Arturo y yo.

Hoy, el muro derruido donde *la chica del zapato* apoyó sus calzados para limpiárselos, ha sido reemplazado por una sólida pared de dos metros y medio de alto, de modo que ya no se puede ver la fachada principal del colegio de las indiascoquinas, esa misma pared circunda al colegio cubriendo también la

fachada posterior, y a sido plantada para estar ahí por lo menos cien años, plantada justo ahí donde los muchachos del *quinto D egurino*, nos colocábamos al filo de la vereda frente al portón de salida, por donde emergían las chicas como palomas puestas en libertad, parados ahí parodiando a Menudo, a cada chica con cartera, a cada vendedor de chupetes, a cada afeminado conocido. Estábamos ahí, intentando llamar la atención haciendo las más tontas ocurrencias, colocados como aviones en formación de ataque, de los cuales dos se separaban para ir detrás de su blanco localizado. Dos aviones cazas armados hasta los dientes, de timidez, de inseguridad, de corazones palpitantes y con todo el valor del mundo como para preguntarle la hora a *la chica del zapato*.

Cada vez que mi cerebro escapa de los tentáculos impacientes del trabajo, mi mente me retorna a Barranco, a inicios de los míticos ochentas, ese Barranco etéreo, predilecto de pintores, poetas, escritores y compositores. Y no es posible recordar a Barranco sin recordar las canciones de *The Police*, el Puente de Los Suspiros, *la chica del zapato* y a mi buen amigo Arturo.

En esa, nuestra aula de secundaria del “José María Eguren”, compuesta por alumnos dislocados, algunos casi dementes, provenientes de todos los distritos y estratos sociales y económicos de nuestra caótica capital, había un compañero que a diferencia del resto de nosotros, sí estaba cuerdo: Arturo.

Arturo era el amigo honesto del aula, era el *Richard Cunningham* de *Happy Days*.

Carismático, cordial, educado, amigable, proactivo, confiable, todas las cualidades para ser un buen amigo, y claro que lo sigue siendo. Si había que hacer una colecta, recaudar una cuota, armar la canasta del día de la madre, realizar una rifa e incluso sacar del ánfora el boleto ganador, desde el más pendenciero del salón hasta el más *zanahoria*, coincidían en que Arturo sea el encargado.

No importaba si habían cabecillas de mataperradas, no importaba si teníamos al *chancón* del aula sacando cara por nosotros en los concursos de conocimiento, no importaba si teníamos a los galanes del colegio que nos presentaban a las flacas del “Mercedes Indacochea”; a la hora de la hora si alguien tenía que hablar por el salón: era Arturo.

En ese salón de jóvenes adolescentes con fe en su incierto destino, donde unos se elevaban proyectándose al futuro por la fuerza de sus aspiraciones personales, donde otros se elevaban por la aspiración de alguna sustancia prohibida, donde unos se elevaban por los aires levantándose en rebelión contra el mundo, donde otros se levantaban a las chicas del colegio vecino pintándoles pajarillos en el aire, o como yo: que siempre estaba en las nubes dibujando unicornios alados o escribiendo versos sobre las melodías de canciones en inglés; en ese salón había un compañero predestinado a llegar lejos, pues sí tenía los pies sobre la tierra: Arturo.

Los años han pasado, Barranco ha cambiado, Sting ahora canta solo, *la chica del zapato* se hizo madre y heredó su título nobiliario a una nueva chica angelical, Arturo no ha regresado más por Barranco pues el éxito merecido lo ha llevado muy lejos, yo ya no sueño muy seguido pues tengo que dormir y reponerme del día a día de las responsabilidades. Pero hay algo que no ha cambiado: Arturo sigue siendo una buena persona, un buen amigo.

La otra tarde, mientras regresaba a casa, cuando el ocaso del día de esta nueva primavera aún pintaba la noche, vi otra vez a *la chica del zapato*, a pesar de tantos lustros: intacta; con una falda afranelada a lo escocés, con su misma “no mirada”. No podría ser su hermana, aunque tampoco podría ser su hija. Concluí entonces que era ella, tal vez en otra persona, tal vez con otro nombre, tal vez de otro colegio. Pero era ella, la musa de siempre, haciendo bobear a dos amigos que del colegio salieron raudos, en polo y zapatillas, escapando de la clase de educación física y su instructor de voz militar. Como quiera que fuera emocionadamente llamé por teléfono a mi amigo Arturo para contarle que volví a ver a *la chica del zapato*, pero del otro lado del auricular me respondieron que mi amigo Arturo aún no regresa de aquel viaje que emprendió hace algún tiempo, por motivos de trabajo, lejos de su familia pero llevándola en su corazón. Cuando mi amigo Arturo regrese tal vez le contaré, no sé si él le dará alguna importancia, total ahora sólo tiene tiempo de pensar en su familia; mientras yo

seguiré pensando en aquellos años maravillosos en Barranco donde el mundo existía: sólo porque por él caminaba *la chica del zapato*.

*No se acaba el amor solo con decir adiós
hay que tener presente que el estar ausente
no anula el recuerdo ni compra el olvido
ni nos borra del mapa
El que tu no estés no te aparta de mí
entre menos te tengo más te recuerdo
aunque quiera olvidarte
estas en mi mente y me pregunto mil veces
“Por qué es tan cruel el amor”. Ricardo Arjona*

Qué difícil

Qué difícil es volver a la vida que tenía antes de conocerte. Ahora que ya no estás.

Cuando en mi vida no existías, sabía que al sonar mi teléfono, tú no serías. Ahora que ya no estás, qué difícil es escuchar el teléfono timbrar y saber que al levantarlo, tú no serás.

Antes no prestaba atención a la cartelera de películas de estrenos. No iba al cine, prefería rentar videos. Pero llegaste a mi existencia con tu cinéfila afición e hiciste de mis escasas huidas, indispensables momentos a tu lado graficados por la luz de proyección.

Ahora que ya no estás, qué difícil es volver a rentar videos.

Así también por ello, al revisar los diarios, las páginas de espectáculos me detenían en la cartelera

cinematográfica, adivinando en cada anuncio de un estreno, los momentos junto a ti.

Ahora que ya no estás, qué difícil es volver a pasar las páginas de espectáculos en los diarios.

Qué difícil es volver hacer las cosas que hacía antes de conocerte. Ahora que ya no estás.

Antes de conocerte mis horas después de oficina se entregaban al taller de arte en mi afición de dibujar y pintar, en la búsqueda de perfeccionar mi técnica y estilo. Pero llegaste tú, y el taller de dibujo interfería con cualquier día que pudieras llamarme para salir contigo, e hice a un lado las horas dedicadas a las artes plásticas, por un probable día que tú quisieras pasar conmigo.

Ahora que ya no estás, como me cuesta volver a dibujar.

Y fueron tus blancas manos, versátiles plastilinas que modelaron para mí: palomas y nevados, corazones y caricias, figuras y siluetas, que aún subsisten plasmadas en mis lienzos. Y fuiste en tu cuerpo desnudo, autora de mi catálogo de bosquejos para delinear ángeles cansados.

Ahora que ya no estás, es tan difícil pincelar un ángel sin que se parezca a ti.

Qué difícil es retornar a aquellas cosas que dejé de hacer el día que te conocí. Ahora que ya no estás.

Me llamaste un viernes y no me encontraste. Viernes de pisco sour y tertulias literarias. Y culpé a mis viernes de lírica de impedirme salir contigo. Así que los cambié a viernes de sorbos de manzanilla y poemas a tus oídos.

Ahora que ya no estás, qué difícil es volver a mis viernes literarios.

Me contaste de tu sueño no realizado, el mismo que lo hice realidad. Convencí al administrador del teatro Municipal, para una mañana el escenario y sus luces utilizar. Alquilé a tu talla las mallas y te compré zapatillas de ballet. Danzaste como hada nocturna sobre un tejado, al compás de una sonata para piano, de puntillas en cada nota del teclado tus zapatillas el sonido dibujaba. Fueron mis aplausos y de los eventuales presentes ovación sincera para tu debut y despedida.

Ahora que ya no estás, qué difícil es pasar los días de las temporadas de ballet.

Aquella noche me dijiste que eras doblemente feliz, pues tus dos anhelados sueños se cumplieron un mismo día. Aún por entonces yo no sabía, que cumplir el otro sueño lejos de mí te llevaría. Algún tiempo después al no responder tu celular, te busque en tu casa y entonces me revelaron tu partida. Dejaste para mí una nota escrita con firme pulso, junto a las plateadas zapatillas.

Ahora que ya no estás, qué difícil es no tropezar con tu recuerdo que aún sigue danzando de puntillas.

Qué difícil es volver a mi rutina diaria de antes de conocerte. Ahora que ya no estás.

Antes de conocerte, usaba el nick Davidchi en el Adultos Chat, aquel genio loco que no paraba de declamar filosofía irracional que a todos hacía reflexionar. Nunca pudiste entender que los teoremas de Davidchi, no eran los míos. Como aquella polémica noche de debate en que Davidchi destrozó los fútiles conceptos del amor y la amistad, derrumbándolos desde sus bases. Y entonces te mortificó la idea de pensar que yo no creía en el amor ni en la amistad.

Ahora que ya no estás, qué difícil es volver a usar ese nick, perdí el genio on-line.

Y en tu intento de rebatir a Davidchi, me clavaste un puñal, revelando datos personales míos, para que otros en mi contra los pudieran utilizar. Mas sólo conseguiste hacer más interesante la polémica. Nunca imaginaste que Davidchi se hundiría más el puñal, sacándote de tus casillas. Lo siento, ese antro virtual no era lugar donde profesar nuestra amistad real.

Ahora que ya no estás, qué difícil es creer en todas las palabras que me dijiste durante nuestra amistad.

Qué difícil es volver a ingresar al Adultos Chat, aun en forma anónima. Ahora que ya no estás.

*Y ahora somos como dos extraños más
que se van si más como dos extraños más
que van quedándose detrás.
Yo sigo estando enamorado
y tú sigues sin saber si lo has estado,
y si te quise alguna vez
“¿Lo ves?”. Alejandro Sanz*

En vano

En el fondo, sabía que esto sucedería.

Que tal vez un día la encontraría y no sentiría más que el simple proceso mental de reconocer a alguien, sin mayores evocaciones emocionales, sin aceleración de las palpitaciones.

Comprobar, que es cierto, que la distancia y el tiempo diluyen los sentimientos.

Aceptar, efectivamente, que tanta depresión y sus manifestaciones de dolor, pena, amargura e insomnio, fue en vano. Que esa sensación de autodestrucción del mundo hacia el interior de uno mismo, con la cual tercamente intenté demostrarme y demostrar al mundo de la sinceridad de mis sentimientos, no logró dar valor al amor ni perdurarlo en el tiempo.

Todo fue en vano.

De la perenne frustración de aquellos momentos, por no poder conservarla, ahora años más tarde y luego

de varios días de haberla reconocido en la calle de otra ciudad, las horas ociosas de este viaje interprovincial y la apacible soledad de estos paisajes desérticos, me han ofrecido unos minutos de inconsciente reflexión, y el permiso para la frustración de no haber sentido nada al verla.

No sentir nada.

Y pensar que hace sólo unos años por ella sufrí de todo.

Entonces eran tan largos esos días sin ella, que las horas sólo podían llenarse con su recuerdo, el mismo que no hacía sino marcar el paso del tiempo. En mis momentos de lucidez, sabía que de todos modos algún día la olvidaría. En mis momentos de obsesión, me decía que nunca la podría olvidar.

Así.

Para poder siempre recordarla, ejercité mi memoria, evocando recuerdos de mi vida, mi adolescencia, mi niñez, mi infancia. Narrándomelos a mí mismo. En primaria: los poemas a mamá. En secundaria: los poemas a las chicas. Describiendo paisajes naturales y urbanos grabados en mi mente. Sucesos peculiares.

En el vano intento de no olvidarla, recordé que puedo escribir.

Así. Para mantener la melodía de sus palabras, resonando en las paredes de mi mente. Practiqué leer en voz alta para charlar con el eco de su voz. Recité poemas,

tararé canciones, entoné baladas, imposté voces, dupliqué registros vocales. Y mi voz se entrelazaba con su voz.

En el vano intento de no olvidarla, descubrí que puedo cantar.

Así. Para evitar olvidar su rostro, después de muchos años volví a tomar un lápiz y bosquejé su retrato una y otra vez hasta que por fin los rostros en el papel comenzaron a parecerse a ella, y como en mi mente la veía en todos los lugares, en todos los lugares la dibujé. Y se hizo alma de todos mis trazos, luz y sombra, vida y muerte, en todos mis carboncillos. Aun cuando ella no estaba delineada en la cartulina, estaba en cada rasgado al perfilar con mi lápiz.

En el vano intento de no olvidarla, recobré mi pasión por dibujar.

Así. En el intento de darle al amor un carácter sobrenatural entonces no podían los efectos del desamor afectarme sólo a mí, sino además al entorno que me rodeaba, alterándolo irremediablemente. Así, hasta la ciudad se vio afectada. Y encontré que la naturaleza conmigo y con otros descorazonados se solidarizaba.

En el vano intento de no olvidarla, inventé una leyenda.

Así. Y por qué no, si se siente con todo el ser, expresar con el cuerpo lo que se siente se debe. Siendo, mi ser el recinto que conservaba sus recuerdos, lo puse a

ejercitar. Sesiones en el gym. Entre las clases de aeróbicos, tae-bo y ritmos populares, escogí el último.

En el vano intento de no olvidarla, aprendí a bailar.

Y sin embargo. Todo fue en vano. Cuando menos me di cuenta: ya la había olvidado.

Por eso, ante la posibilidad ciegamente negada por el corazón en ese entonces, pero siempre cruelmente aceptada por la mente, hace años inventé a alguien que pudiera sentir por mí en momentos como estos, alguien que no pueda olvidar, y que al verla nuevamente pudiera sentirse emocionalmente transportado en el tiempo y la distancia.

Ahora, luego de repasar mentalmente aquellas páginas donde eternicé los sentimientos de ese personaje inventado, debo confesar que le tengo envidia, por que a diferencia de mí, él siempre estará enamorado de ella y por siempre será capaz de sentir remolinos en el pecho al volverla a ver.

*Procuro Olvidarte
Siguiendo la ruta de un pájaro herido
Procuro Alejarme
De aquellos lugares donde nos quisimos
Me enredo en amores, sin ganas ni fuerzas por ver si te olvido
Y llega la noche y de nuevo comprendo que te necesito
Procuro Olvidarte
Haciendo en el día mil cosas distintas
Procuro Olvidarte
Pisando y Contando las hojas caídas
Procuro Cansarme
Llegar a la noche apenas sin vida
y al ver nuestra casa tan sola y callada no se lo que haría...
"Procuro Olvidarte". Manuel Alejandro*

Tu ausencia

El sexo es sólo el consuelo para no ser consumido por tu
ausencia.
Tu ausencia se ha vuelto la excusa para consumirme en el
sexo.

Otra vez estamos juntos. A pesar que no estás tú.
Me hundo en una piel que no es la tuya.
Y te tengo presente y sin embargo te olvido.
En otra piel siento tu piel que nunca sentí.
Y siento tu húmeda intimidad que no poseí en otra
húmeda intimidad que no es la tuya.
En el clímax perverso me olvido de todo, me olvido de ti.
Después en la sinrazón del placer, me envuelvo en tu
calor que no es tu calor.
Me rindo sobre tu piel y no es tu piel.
Apoyo mi sien en tu pecho que no es tu pecho.

Dejo mi sexo a merced de tu sexo que no es tu sexo.
Luego descanso junto a ti.
Y los espejos testigos me dicen que no eres tú.
Prefiero cerrar los ojos y pensar que no importa que no
seas tú.

No reparo en el tiempo.

Me hablas al oído.
Y quiero que te calles porque esa no es tu voz.
Sólo hay una forma de convencerme que eres tú.
Y ello es inventándote desde ése adentro que no es el
tuyo.
Y estoy listo para recordarte y olvidarte otra vez.

Otra vez al sexo sin ti.
No importa si la obsesión eres tú o el sexo.
Podrá el sexo contigo llegar a llamarse: hacer el amor.
El amor no obsesiona pero sí el sexo.
El amor es la más cruel de las utopías.
El sexo es la más sublime de las obsesiones.
Tu ausencia es mala para el amor pero buena para el
sexo.
La eternidad de tu ausencia.
La omnipresencia de tu sexo.

Y es tan bueno que esto es demasiado.
Del amor defectuoso al sexo virtuoso.
Demasiado intenso para ser sólo por consuelo.
Demasiados gemidos para ser tú.
Demasiado.

Pero, quién sino tú para hacerme sentir esto, sino tú, la
mujer que amo.
Me convenzo que estás aquí conmigo aunque no seas tú.
Abatidos por el placer desfallecemos a disfrutar de la
derrota de nuestros sexos.

Una vez más retozo al lado de tu ausencia.

Tu voz desconocida y ausente me habla del amor y del
sexo.

No sabes nada.

El amor es oscuro, el sexo es luminoso.

El amor nunca llega ser perfecto, el sexo sí.

Para el sexo no es necesario pedir una oportunidad, para
el amor sí.

El amor oprime, el sexo libera.

El amor es complejo, el sexo es básico.

El amor es irracional, el sexo es lógico.

No vale la pena hacer cosas por amor, pero sí por sexo.

La prueba es que nuestro amor fue fugaz, en cambio el
tiempo de nuestro sexo no tiene cuando acabar.

Luego abro los ojos y no eres tú.

Y siempre estuve consiente que no eras tú.

Y me arrepiento que no seas tú.

Me entristezco y me deprimo.

Estoy cansado y quiero dormir.

Pero antes las palabras de siempre.

Las caricias posteriores de siempre.

Esas cosas que siempre se dicen y hacen después.

Esas palabras que quieres oír, pero no oirás pues aunque
estás retozando desnuda a mi lado, no eres tú.
Esas caricias que necesitas sentir para dejarme en paz por
un momento.

Luego duermo.

No sé si profundamente, no sé por cuanto tiempo, pero
me vuelve a despertar tu ausencia.
Necesito consuelo y empiezo otra vez.

Me emborrachaba entre sus brazos
ella nunca bebía, ni la vi llorando
yo hubiera muerto por su risa
Hubiera sido su feliz esclavo
Qué dolor sucio y traidor
me envenena el corazón
Sé que ella nunca enloqueció
Jamás perdió el control
“La mataré”. Sabino Méndez

Lucy en la oscuridad

Se inicia el rito inmaculado de la oscuridad.
Espectros sensuales de la noche.
Aquí nadie se toma de la mano.
Por tanto, no vienes de la mía.
No te reconozco ahora.
De ti en túnica blanca de la mañana en tu templo.
Sólo tu níveo rostro sostenido por las alas negras de tu
mirada.
Tus labios difuntos esperan sepultura en gótico convento.
Tus blancas manos no sujetan más la sacra flor campana.
Ahora una orquídea negra se entalla en tus dedos.
Ya los cánticos y salmos celestiales no dan más paz a tu
alma.
En antítesis *new wave* lóbrego placer a tu alma
atormentada.
Sólo algunos aparecidos estampan su presencia en las
sombras.
Sólo los cigarros encendidos en sus dedos los delatan.
Aún te niegas al alcohol de mi copa y te embriagas con la
música.

Un desconsolado grito de auxilio aún se lee en tu mirada.
Una vez más te ofrezco mi libertad de un mortal.
Mas no aceptas.
Prefieres la divina dictadura de la luz o de la oscuridad.
Es tu albedrío.

Xuxanna danza.
Levita solitaria hechizada por la música.
Son sus sentidos sus alas. Las luces la ametrallan.
Las sombras la acarician.
Los entes la absorben en sus miradas.
Envidias sus alas liberadas.
Codicias su inmunidad a las luces.
La media noche en su baile doce gong resurrección.
Portales dimensionales inundan el salón de criaturas
asexuadas.
Su baile es anuncio y bienvenida.
Hielo seco homenaje almas frías.
Mas no soportas seguir apartando el cáliz de mi copa.
En mi músculo mortal sólo es alcohol.
En el tuyo sangre prohibida.
Devotamente la elevas entre tus manos y la orquídea.
El hielo seco te envuelve acompañando tu plegaria.
Libas su misericordia y definitivamente ya no eres de la
luz.
Es tu albedrío.

Xuxanna baila acompañada.
The Crow lanza conjuros en su baile.
Bailas conmigo. Aún envidias a *Xuxanna*.
El alcohol fluye con la música.

El instinto fluye en el alcohol.
The Shadow desafía el espacio tiempo.
Desaparece al impacto de un destello de la lámpara
espectral.
Tras el siguiente destello materializa bailando en otro
lugar.
Al cabo de las horas todos los entes comparten los
mismos sentidos.
Xuxanna besa labios sin distinción de género.
Su hermana sólo a uno aunque nunca es el mismo.
No interesa el género sino la sensualidad.
Así como los ángeles, los espectros tampoco tienen sexo.
Criaturas de sangre fría.
Como ellos eres tú y la mitad de tu alma.
Es tu albedrío.

No es lujuria. No es perversión. Es libertad.
Excusas ausentarte. Vas al sanitario.
Busco a *Xuxanna* yo también quiero sus labios.
Busco en los pasillos interiores. Salgo al patio posterior.
Un ente hipnotizado por la luz de las estrellas asoma una
lágrima.
Deambula olvidado con la mirada al cielo en esos metros
cuadrados.
La noche es azul intensa hacia el oriente.
Regreso al interior de la casona.
Un espectro maltrecho estorbando un acceso.
En un presentimiento empujo despacio una puerta entre
abierta.
Y sobre un escritorio encuentro a *Xuxanna* debajo de tus
labios.

No es el alcohol. Es el momento.
Tu rostro y el de *Xuxana* no reflejan emoción.
Tú y ella giran sus miradas hacia mí.
Mas no sé si en verdad me ven.
Percibo ondas extra sensoriales entre tú y ella.
Sensualizadas ambas triangulan una conexión hacia mí.
Me acerco despacio e igual que nuestras mentes
triangulamos nuestros labios.
Nuestras caricias. Nuestras ansias. Todo en silencio.
Y dejo de ser mortal para también ser un espectro.
Mas un grito desgarrar el momento.
El ente del patio fue fulminado por un destello azulino
del amanecer.
Algunos huyen despavoridos.
Otros sobriamente desaparecen en sus portales
dimensionales.
Nos dirigimos hacia el salón.
Xuxanna desaparece con su hermana.
La música y el láser se extinguen.
Afuera en el jardín evitamos pisar entes abatidos.
Pareciera que una explosión de luz los habría aniquilado.
Pero solamente están ebrios hasta el alma.
También quieres irte antes que amanezca.
No es que la luz te haga daño.
Pero sí le temes a su reproche.
La resaca de una noche en la oscuridad es el diezmo
negro obligado.
Mas para quienes como tú viven entre dos luces.
Es la misma expiación de los pecados.
Es tu albedrío.

*Si he sido lo que fui, fue por tu cuerpo
Si he sido noche fue tu noche quién lo quiso
Si he sido beso es que mis labios
Aprendieron a ser beso para ti
Si he sido lo que soy fue en tu regazo
Si he sido vida fue por darte a ti la vida
Estando juntos nos sentimos infinitos
Y el universo era pequeño
Comparado con lo que éramos tu y yo
Si fuiste lo que fuiste fue en mi casa
Que para ti fue tu palacio y tu guarida
"Amiga". Miguel Bosé*

Paris McHilton

A *Paris McHilton* le había caído bien Danfredo. La primera vez que ella se le ofreció le pareció insólito que sólo la invitara a tomar unos tragos y conversar, sin ni siquiera el más mínimo tocamiento por parte de él, "Idiota – pensó ella – será impotente o periodista". No era para menos por conversar no ganaba nada, sólo ganan los dueños del local por los tragos consumidos.

La segunda vez que conversaron fue cuando ella se apegó a Danfredo escapándose de un cliente ebrio, luego de charlar extensamente tragos en manos, se fue a buscar otro cliente porque ya se le terminaba la noche. Así, se habituó a darse tiempo para tomar algún trago siempre con él. Extrañamente, aquel "defecto" que tenía Danfredo de decir lo que pensaba sin medir consecuencias y por lo cual se volvía insoportable para otras chicas, a ella le causaba un encanto especial, ella era consciente de su situación, no admitía hipocresías, algo muy común en sus clientes y colegas.

Varios meses después de conocerse, luego de charlar y tomar unos tragos como de costumbre, cuando ella se despedía para ir a buscar un cliente, Danfredo la tomó de la mano y le dijo sonriendo: “esta noche saldrás conmigo”, y ella le respondió: “son ochenta dólares”. Salieron a la calle, ella se dirigió a un taxi estacionado mientras Danfredo pagaba los derechos por sacar una chica del *Moon Nigth*. Ella se sentía algo extraña, nerviosa tal vez, más aún porque Danfredo la tenía de la mano, no era como con los otros hombres de quienes tenía que estar quitándoselos de encima. Era como si con un amigo hubieran decidido hacer el amor, sin previo enamoramiento, sin ni siquiera previas caricias sexuales como ocurría con su novio. Al llegar al hotel como era de esperarse el hostelero, un viejo sesentón, la reconoció y comentó mientras buscaba una llave: “a ver, la habitación de siempre”, haciéndola ruborizar por primera vez. Danfredo estaba a punto de recriminarle su comentario, cuando ella le apretó la mano y mirando al suelo, le dijo en voz baja: “no le hagas caso”, para cuando el viejo encontró la llave y la trajo al mostrador, Danfredo había examinado el tablero con las llaves colgadas en sus casilleros, identificadas por piso, con una, dos y tres estrellas.

- Quiero una habitación del quinto piso - Danfredo.
- Esas son suites matrimoniales – contestó el hostelero – están a cuarenta dólares.
- No le he preguntado el precio, señor – le dijo Danfredo mirándolo fijamente a los ojos.

El viejo se disculpó, aunque quedó extrañado: “tal vez éste no es uno de sus clientes – pensó – pero ella está con su uniforme de trabajo, además no traería a un enamorado a su centro de labores”.

Entraron al apartamento, lo primero que hizo ella fue servirse una copa llena en el mini bar y tomársela de golpe, recordó que no lo había hecho desde la primera vez en que hizo el amor por dinero y empezó en esa profesión. Danfredo puso música. En efecto, era una suite nupcial con todo lo necesario para una noche especial, Michael Bolton cantaba desde el CD en el equipo estéreo, el baño tenía un jacuzzi de mármol de un celeste nacarado, que esa noche no usarían, pero que en otras noches sería aquel lugar donde en más de una ocasión despertarían a la mañana abrazados y sumergidos en aquel liquido espumante y aceitoso, a la misma temperatura de sus cuerpos, como dos mellizos en el vientre de una madre. Danfredo corrió las cortinas y abrió las ventanas, no tenían nada que ocultar, además era el quinto piso y nadie los podría ver. No fue necesario mantener encendida la lámpara del velador, la Luna se apresuró de dotar de media luz a la habitación de paredes durazno miel. Antes de terminar la noche cuando Danfredo descansa sobre ella, cuando ella acaricie la cintura y juegue con los cabellos de él, ella abriría los ojos y no sería sólo sus cuerpos los que vería reflejados en el espejo del techo sobre la cama; al lado de ellos estaría la Luna reflejada por el espejo de pie de forma ovalada que estando al lado de la cama no se sabe en qué momento se inclinaría el ángulo preciso para que

sea el segundo reflejo del astro celeste después de que el gran espejo de la pared de enfrente sea el primero: el cálido color de sus cuerpos desnudos, el dulce color durazno de las paredes, amalgamados en la media luz plateada de esa esfera brillante: “Así. Así seguro debe de ser una Luna de Miel”, ella pensaría horas más tarde. Danfredo sacó en ese momento los ochenta dólares pactados, ella los recibió y se los guardó en su cartera de charol, nunca habría de darle crédito, nunca él se lo pediría. Se desnudaron como debía ser, una prostituta de alto vuelo con su cliente de ocasión, los dos lo comprendían así, pero, ¿Por qué se sentían extraños? Aún de pie se acercaron, ella lo abrazó colgándose de los hombros a medida que frotaba su cuerpo con el de él. Y él también la acarició. Intentaron poner malicia en sus caricias, en vano intentaron excitarse, tan pronto ambos tocaron sus sexos, retiraron sus manos en las que empezó un temblor que luego se propagó al resto de sus cuerpos, se sintieron avergonzados, entonces ambos se miraron y rieron como dos adolescentes que acaban de descubrir que se desean, ¿con amor? Con amor no, pero con sinceridad, con esa sinceridad con la que charlaban desde hace meses tomando unos tragos. Se deseaban. Ella: sin fingir placer para que el cliente piense que a ella le está gustando, y sienta bien gastados sus ochenta dólares y vuelva a buscarla. Él: sin fingir que es el macho que los sábados necesita una buena hembra a la cual demostrar que sabe cómo hacer volar de placer a cualquier mujer. Se deseaban con sinceridad e hicieron el amor toda la noche, primero con ternura, luego con entrega, luego con aquella malicia que al inicio no habían podido

manifestar, hicieron el amor besándose en todo momento boca a boca, algo que no hacen las prostitutas con sus clientes sobre todo si tienen novio como ella, pues se había jurado así misma que haga lo que haga sólo besaría en los labios a su novio, promesa que ahora acababa de romper. Pequeña promesa, teniendo en cuenta que también se había prometido que sólo desearía hacer el amor con su novio. Aunque también se había prometido no sentir placer con sus clientes, eso era algo que ya hace mucho tiempo no había podido cumplir, era inevitable, no siempre se puede con el instinto del placer. Pero en esa ocasión lo que más la abrumó al llegar la mañana fue la sensación de haberse entregado a otro hombre, fue la idea de haber deseado a otro hombre, se sintió infiel con su novio, quien no sabía nada acerca de su vida nocturna. Ella le había dicho que de pequeña había viajado a los Estados Unidos, hablaba muy bien inglés, y que sus padres murieron heredándole una pequeña fortuna, con la cual decidió regresar al país. Para eso trabajaba, para acumular esa pequeña fortuna que la haría digna de ser aceptada por su novio y su familia. También era mentira que amaba a su novio, pero sí le gustaba. No podía darse el lujo de dejar un buen partido dada su condición. Aprendió a quererlo, ella se prometió que llegaría a amarlo, ella lo “respetaba”. Pero ahora después de esa noche con Danfredo, al que consideraba sólo un amigo, aunque tal vez el único amigo que en realidad tenía, se sintió indigna de su novio, se sintió una traidora, se sintió una mujerzuela.

Un día ella desapareció, dejando a Danfredo una nota pidiéndole que por favor no la busque, pero deseando con el corazón, todo lo contrario. Años después, incluso mucho después de haberse escrito este relato. Ambos se encontraron en el pasadizo de un súper mercado. Por unos segundos se observaron fijamente. Entre ambos, apenas una leve casi sonrisa desapercibida para el resto. Sin maquillaje sensual, sin vestidos de mariposa nocturna, sin cuerpo de lujuria. Y sin embargo más bella que antes, más mujer, dama, señora, madre. La maternidad había purificado su vientre. El dolor en cada parto de sus hijos había borrado de sus carnes los placeres pasados. El sudor del esfuerzo al parir expulsó por sus poros las maliciosas caricias ajenas. Y en cada contracción cervical fue anulando de la memoria carnal cada orgasmo indeseado. Ella estaba acompañada y fingieron no reconocerse. Al ver a su familia Danfredo comprobó una vez más que en realidad ella sí era rubia natural. El niño mayor era el fiel reflejo de su padre con quien revisaba artículos deportivos metros más adelante. Y la niña a su lado era una copia tierna de la madre. Llevaba otra criatura creciendo en su interior. Gestaba ya por el quinto mes. Danfredo nunca supo su verdadero nombre. Pero mientras seguía su camino escuchó a la niña llamarla por un sagrado sobrenombre que bien lo merecía: mamá.

Me dicen el matador nací en barracas
si hablamos de matar mis palabras matan...
Me dicen el matador me están buscando
en una fría pensión los estoy esperando
agazapado en lo más oscuro de mi habitación
fusil en mano, espero mi final
Me dicen el matador de los 100 barrios porteños
no tengo por que tener miedo mis palabras son balas
balas de paz, balas de justicia
soy la voz de los que hicieron callar sin razón
por el solo hecho de pensar distinto
"Matador". Fabulosos Cadillacs

Demofobia

A veces pienso: esta noche no podré dormir.
Dormir, dejar de estar aquí, en esta *Matrix* de la realidad.
Regresar. ¿A dónde?
¿Cuándo somos en verdad nosotros mismos?
¿Despiertos? Viviendo ocultando nuestras intenciones y
sentimientos interiores, a la defensiva de un mundo de
parámetros inventados que debemos respetar.
¿Dormidos? Existiendo en un mundo interior y singular,
de nadie más, desenvueltos a lo que dicta los reflejos de
nuestros sentimientos.
Cuándo no, yo preocupándome por cosas que al resto no
les preocupa.
Tal vez será que no se percatan, sólo viven.
¿Por qué esta tarde todos saltaron a celebrar un gol?
Todos menos yo. Siempre es así.
¿Soy apático?
No aburrido, soy bromista, sarcástico.

Pero aun así.

Nunca pude comprender como es que las gentes se involucran en una emoción colectiva. Y expresan esa emoción abiertamente sin importarles lo absurdo del suceso.

Es que soy apático pues.

No existe el tiempo: el reino de Morfeo.

Ser parte de un todo.

Nunca pude ser parte de un todo.

Nunca quise ser parte de un todo.

Desde que tengo recuerdos.

¿Será un trauma infantil o un desequilibrio emocional de mi adolescencia?

No soporto las multitudes.

El paso de una corriente eléctrica por un hilo conductor genera un campo electromagnético imperceptible e inofensivo. Pero muchos hilos juntos suman los campos haciéndolo poderoso y peligroso.

Un fenómeno físico aprovechado por la electromecánica.

Igual sucede con el campo de energía negativa que generan las personas, energía a la que soy especialmente sensible. Inmune al débil campo de pocas personas, no soporto cuando estas se multiplican.

No es que padezca de *demofobia*. Demo de demografía, no de demonio,... aunque ¿No es lo mismo? ¿No terminan de unirse las masas, las desordenadas masas, las diabólicas masas, en un pandemonio?

Prefiero mi soledad. ¿Desde cuándo?

No lo sé.

Desde que estaba en el vientre de mi madre.

Allí, en ese universo acuoso que sólo era mío y de nadie más. Yo, sólo yo. Estaba en mi elemento. No compartido con nadie. Era mi eternidad, mi pacífica eternidad, descansaba en paz, solo.

Primero era la nada: ¿Oscuridad? La paz.

Y de repente una tenue luz en mi aún inconsciencia.

Y luego otra, y otra. Y luego los colores. De repente un murmullo. Me dejé fascinar por aquellas sensaciones que hasta entonces me habían sido ajenas, más que ajenas, inexistentes.

Y a medida que las luces se hacían más intensas, mi paz, amorfa, pero al fin paz, fue tomando forma y luego se llamó conciencia y empezó el desconcierto.

La luz. Tratar de comprender las luces y sonidos.

El caos.

Escuchaba, y las luces ya dominaban mis pensamientos, aún sin abrir los ojos. Notaba las sombras externas atravesando los tejidos abdominales de mi madre, atravesando mis párpados aún sin piel. Y supe que allá afuera, había un mundo de sombras.

El reino de las sombras.

Pero era feliz en ese mi mundo.

Jugaba con las luces en mis pensamientos, mis manos trataban de agarrarlas, pero se deslizaban de entre mis dedos, mis pequeños dedos, otras en cambio desaparecían a mi contacto, como burbujas de jabón.

No sabía.

Aún en ese entonces no sabía.

Que un día debería salir a ese mundo de sombras.

En mis nueve meses, en esos nueve meses que significó la agonía y fin de mi eternidad, era feliz. Solo.

Sin nadie con quien compartir mi cosmos.
Tal vez si hubiera sido mellizo, con un compañero con el
que compartir esa transición de la paz al caos.
Tal vez entonces no me sentiría tan solo entre tanta
multitud.

Y mi madre me dio a luz.
Y el mundo me dio sus sombras.
Sus leyes. Sus estúpidas leyes. Físicas y sociales.
Y me quitan mi libertad de flotar. Pierdo la ingravidez.
Este no es mi mundo. Aquí hay leyes. Y me somete con
su primera ley, su ley física: La ley de la gravedad.
Todos apurados. Escuché por primera vez, con claridad,
aquellos ruidos que en mi mundo se escuchaban tenues,
amortiguados por la tierna placenta de mi madre.

Las voces.
Las frías sombras me rodearon.
Mi mundo. ¿Dónde está? ¿Por qué me han sacado de él?
Me desligan de él. Una tijera corta el camino por donde
pudiera regresar. Se aseguran que de él, no quede nada
en mí, ni en mis manos, ni en mi boca, ni mis pulmones.
Y por primera vez me doy cuenta: tengo boca y
pulmones.

Me niego a pertenecer a este mundo. Intenta dominarme.
Como un calamar fantasmagórico pretende apoderarse
de mí, intenta adentrarse por mis fosas nasales. Tengo
nariz. Me resisto, me envuelvo en mí, temblando. Una
voz dice: No llora, no respira, no quiere respirar.
Me niego a hacer lo que el resto hace, no acepto sus leyes,
yo soy de otro lugar. Y brutalmente alguien amenaza con
dejarme caer de cabeza. Y pienso sino es mejor, si acaso
del aire pueda regresar a mi mundo. Y me castigan, mi

cuerpo siente por primera vez un castigo, una mano feroz me castiga. Y por primera vez aprendo lo que es el dolor físico. Y lloro, más que por el dolor, por terminar de comprender que ya estoy definitivamente en este mundo de sombras.

No puedo hacer nada, me resigno,... por el momento.

Pues estoy cansado y quiero dormir. El cansancio, primera vez que sé que es eso.

Y sin darme cuenta, estoy sometién dome a sus leyes.

El mundo de las primeras veces.

Extraño la voz de mamá. Los latidos de su corazón.

¿Dónde está? Me sumerjo en un líquido tibio. ¿Qué es esto? Por un momento me alegro, creo haber regresado, chapoteo en el agua. Sin embargo no me dejan respirarla.

Entonces comprendo. No pueden engañarme, este líquido no huele a mamá. Y aprendo lo que es el olor. Por primera vez, otra vez, por primera vez.

Me desconcierto.

Quiero volver a llorar. ¿Dónde está mamá?

Pero.

¿Qué es mamá? Ya no estoy en mi mundo. ¿Mamá? ¿Qué es eso? ¿Por qué quiero algo sin saber qué es? ¿Qué me han hecho? No comprendo esto que siento.

¿Se llama instinto? Siento sosiego.

Antes, en mi mundo, cuando las ideas iban tomando forma, al percibir las luces, los sonidos, la tibieza del líquido, había algo estaba más allá de esas percepciones que estaba desarrollando, había algo que era intrínseco a mi universo, había un calor que no lo sentía en mi piel, sino dentro de mí, un calor que me rodeaba, hay veces con un suave masaje corporal, hay veces con la melodía

de un arrullo que me mantenía flotando en mi paz, hay veces con el bombear cosquillante de unos fluidos que me permitían crecer en mi cosmos. Un calor que rodeaba todo, rodeaba incluso mi mundo y me protegía de las sombras. El calor de mamá. El amor de mamá.

Mamá.

Y me siento solo. Envuelto en no sé qué material. Primera vez un material. Y abro la boca. Quiero hablar pero aún no lo sé hacer. Gesticulo, me esfuerzo, que impotencia. Y de repente un olor conocido. Y aprendo a diferenciar olores. Y escucho una voz, la escucho por primera vez con claridad, antes había escuchado sólo su eco.

Sí.

Es mamá. Mi mundo. Y por siempre mi mundo. Siento su calor, sus caricias. En mis mejillas el roce con sus senos. Con ternura lleva mi boca a su pezón. Y aprendo lo que es la ternura, y lo que es pezón. Y no sé como pero mis labios rodean la tetilla y succiono.

Aprendo lo que es el instinto. Y succiono, pues ella contiene en sí, la esencia de mi mundo, y hasta que me adapte a éste, será su teta, el cordón umbilical por donde aún tenga contacto con mi universo, hasta que algún día, en unos meses me separe definitivamente, aunque sólo físicamente de él.

Duermo.

Otra vez la paz, no es la misma paz antes mía, pero en fin, algo de paz.

Me ponen con el resto de bebés neonatos como yo.

Sí.

No soy el único. Aquí hay tantos como yo, y sin embargo tan diferentes a mí. Intuyo que todos habrán pasado lo mismo que yo. ¿Los compadezco? No.

Pero me solidarizo con ellos.

Craso error.

Mantengo la calma. Pero otros no. Ya luego veré que hacer, por ahora descansar, una retirada estratégica.

Pero otros no.

Y un regordete rompe en llanto.

No pues, no llores, le digo por telepatía. Pero no me hace caso. Es tan irritante su llanto. Pero cállate, nada vas a conseguir. El que no llora no mama, me dice otro, desde no sé dónde. Sí claro, a los llorones los llevan pronto con mamá dice otro. ¿Ah? ¿Con mamá? ¿Cuál mamá?

¿Mi mamá?

No, dice otro, es mi mamá. Mía, responde el regordete. Una beba dice: es mía. Y por primera vez una discusión.

No participo en la discusión. Por primera vez: el principio de posesión.

Prefiero pensar: ¿Una sola mamá? ¿Acaso mi mundo era también de ellos?

No.

Era sólo mío. Ellos debían tener su propio mundo. Ellos debían tener su propia mamá. Primera vez analizo.

Trato de explicarles.

Pero ya no importa la verdad, la razón, lo que les importa es ganar la discusión. El regordete retoma su llanto.

Cállate que irritas, le digo. Pero continua, luego el otro, luego la beba. ¿Pero no escucharon que mamá tiene que descansar? No les importa, son unos desconsiderados, ¿O no piensan? ¡Cállense! Luego les siguen otros, y otros, y

otros, hasta que los llantos enervan mis sentidos.

¡Cállense por Dios!

Primera vez imploro a Dios. Primera vez y como siempre
sería: no escucha.

Y ahí están todos. Uno llora y el resto le sigue.

Esa imagen que siempre la vería en cada uno de mis días
en este mundo de sombras.

Nadie piensa, sólo hacen lo mismo que el resto.

Borregos.

Ella era extraña,
conversaba con el viento le tenía miedo al tiempo
se peinaba en madrugada para recibir al sol...
Se sentaba en la ventana dibujaba en los cristales
con sus manos una cárcel para atrapar al sol...
Y en su mirada,
detenía la alborada me decía soy un hada
volaré hasta tu almohada a robarte el corazón...
me abrazaba y me pedía que soltara mis cometas
que en su vientre vivirían...
porque sabrían que ...
“Yo pienso en ti”. Fernando Ubierno

Mabel

A los catorce años el corazón está más expuesto al mundo que la misma piel.

Titubeé en el puente.

Los rayos del sol al igual que los últimos bañistas de la tarde subían por la quebrada, tiñendo las flores en los andenes de los jardines, su luz naranja avisaba en las ventanas que terminaba otro día, del interior de los chalet algunos ancianos se asomaban, no vaya a ser el último día que vieran al sol, sólo ellos sabían quién faltaba en cuál ventana.

Oficialmente el verano ya había terminado, pero ello es algo que no le importa a la naturaleza. Detenido sobre el puente se me ocurrió ir debajo de él y treparme a aquella viga tijeral para borrar de su madero mi nombre y el de Mabel. Y borrar también el grabado de los

nombres de esa pareja, cuya leyenda decía que por doscientos años se mantenía a pesar de haberse renovado tres veces el puente, convencido que eso era una farsa, no por la leyenda, sino por el amor. Como todos los días el hippie artesano llegaba con el ocaso, ubicándose en los escalones debajo del poste de luz que servía de hito en la frontera entre el cemento de los escalones y los maderos del puente. Tendía su franela negra colocando sobre ella anillos, pulseras y gargantillas. Era cierto, no tenía otros *Ojos del Cielo*, entonces los que nos vendió sí eran los únicos y había cumplido con su promesa de no hacer más. Pero. Qué importaba, Mabel ya no usaba el suyo, ella prefería usar cadenas de oro, regalos de aquellos hombres con quienes se embriagaba, pensaba.

Inconscientemente estiré el cuello intentando ver si el cuarto de las botellas estaba abierto, tal vez podría estar Mabel, pero estaba cerrado. Me dirigí al mirador para ver como moría el sol y para lanzar por los acantilados mi *Ojo del Cielo*. Lo descolgué de mi cuello y lo comparé con el paisaje ardiente al frente mío. Ciertamente el *Ojo del Cielo* era un trozo de ese ocaso multicolor, como una foto de ese mundo en otra dimensión que sólo podía observarse entre las seis y las siete. Lo levanté en mis manos, lo iba a lanzar.

Su voz de mujer me detuvo.

Su voz de niña me pidió la acompañase.

Fuimos al cuarto de las botellas. Mientras que mis cejas imitaban a mis brazos cruzados en señal de inflexión, ella me explicó entre sollozos que el tuerto la obligaba a beber con hombres.

Hace unas semanas la amaba, luego la odié, luego no me importó, hace unos días sólo pensaba en olvidarla, en ese momento ya no sabía si podría amarla. La abracé para consolarla, luego los besos, me dijo que me amaba.

Para cuando dejó de llorar, yacíamos desnudos sobre el viejo colchón de paja, sólo con nuestros *Ojos del Cielo* pendiendo de nuestros cuellos, uniéndose como nosotros. Las decenas de botellas hacían el honor a nuestro encuentro. A medida que la noche extinguía el incendio sobre el mar, a través de la ventana la luz del ocaso se reflejaba en las botellas multicolores desde las más altas y de ahí hacia al resto de las botellas de la habitación dibujando sobre Mabel y yo, la verdadera forma de nuestros cuerpos, el verdadero color de nuestras almas.

¡OH, Mabel cuanto te amaba!, si al menos esa hubiera sido nuestra primera vez, pero no. Tú ya conocías otros hombres en tu interior y yo ya había explorado el interior de otra mujer.

¡OH, Mabel si al menos esa hubiera sido nuestra primera vez para ambos!, habría sido yo el que retire el sello de tu pureza, desenlazando las rosas de tu virginidad, regándolas con la primera lluvia de mis

estrellas. Pero no, eso ya no podía ser, pero aun así te amo.

Mabel, esta vez sí eres tú, la que vi aquella tarde de la colecta. Frágil, pálida, desnutrida, debo tratarte con cariño, ondulando, despacio, con amor. Hacer el amor.

Entendí en ese momento a lo que se había referido la Felipa, pero no me acordé de ella. Mabel, Mabel, esta vez sí eres tú. Era la primera vez juntos, lástima que no la primera vez para los dos. En aquel cuarto donde la oscuridad era atravesada por aquellas luces reflejadas por los cristales de las botellas multicolores, yo mismo no habría identificado mi anatomía aún andrógina como la de ella. Amándonos con torpes movimientos de novatos, dos púberes aún ignorando hacia que formas irían a desarrollar nuestros cuerpos, apenas estrenado los primeros bellos púbicos, éramos como dos orugas copulando.

Vertí mi vida en ella. Justo cuando ella me entregó la suya. Morir y renacer ambos al mismo tiempo. Era más que el placer. Era la paz de la muerte. Era la redención.

Una cruz de sangre quedó grabada en la tela del colchón. No lo noté sino hasta que encendimos una vela.

Comprendí entonces que yo estaba equivocado.

Era su primera vez.

Yo quisiera poder aplacar una fiera terrible
Yo quisiera poder transformar tanta cosa imposible
Yo quisiera decir tantas cosas
...que pudieran hacerme sentir bien conmigo
Yo quisiera poder abrazar mi mayor enemigo
Yo quisiera no ver tanto verde en la tierra muriendo
Y en las aguas del río los peces desapareciendo
Yo quisiera gritar que ese tal oro negro
... no es más que un negro veneno
Ya sabemos que por todo eso vivimos ya menos
"El Progreso". Roberto Carlos

El Visitante

- No tengas miedo
- Anciano si supieras por todo lo que he pasado sabrías que el miedo está reservado para otras situaciones.
- ¡Oh, sí!, aventurero grande eres, célebre. No al peligro es tu temor. No a las gentes. Sino a ti mismo.

El Cenizo por fin accedió a participar en el rito del Ayahuasca.

- ¿Y el ayuno, el virote, el tabaco, la ceremonia y todo el ritual?
- Mirarte al espejo. ¿Acaso crees necesitar mayor ritual para desdoblar tu alma de tu cuerpo? Sólo beber.

El primer sorbo lo pasó a lo macho, un sorbo generoso, ignorando el amargo sabor y fuerte olor de ese líquido de aspecto repugnante. Quiso repetirlo, pero a la mitad del segundo sorbo sus glándulas paliativas colapsaron y apenas pudo terminarlo antes que sus amígdalas cerraran su garganta. Por orgullo llevó el cántaro a su

boca por tercera vez y sorbió, en vano su cerebro ordenaba tragarlo, sus labios inmóviles dejaban escapar el líquido rojizo tiñendo su quijada.

- No era necesario beber todo el cántaro – con sarcasmo.
- Mmmdto – Maldito, con sus labios tiesos.

El efecto no tardó en manifestarse. Se sintió invadido de calor, hasta ahí nada diferente a beber un fuerte licor, pero a continuación los latidos de su corazón se hicieron intensos hasta escucharlos como si él mismo tuviera sus oídos pegados a su pecho, empezó a escuchar su propio interior, luego su estómago se agitó y pudo escuchar con claridad esa convulsión. El viejo chamán seguía paso a paso hablándole para guiarlo hacia la entrada al mundo donde habita el gran espíritu del universo.

- El ayahuasca arrojando está las impurezas de tu espíritu. Frente a ti pasarán como criaturas diabólicas. Temer no debes, hacerte daño sólo pueden dentro tuyo. Pero ya no. Al irse luego verás una luz, seguirla debes.

El Cenizo, apenas podía escuchar al viejo chamán, apenas podía mantener ambos ojos sobre un solo objetivo, las convulsiones de su estómago bajaron de intensidad, y de repente en su mente empezó a ver resplandores. Pero ningún monstruo se manifestó delante de él.

De repente un fuerte retorción en el fondo de sus entrañas, lo dobló hacía adelante, y otro más obligándolo a lanzar una queja de dolor, y luego otro que por unos instantes pareció recuperarle la lucidez.

- Viejo maldito me has envenado.

Ni bien terminó de decirlo los retorcijones se incrementaron en frecuencia e intensidad. Con un esfuerzo sobre humano se incorporó a fin de abalanzarse contra el viejo chamán, pero éste se escapó unos metros atrás mientras buscaba explicación a lo que sucedía. El Cenizo, de pie soportaba el castigo interno, entre los resplandores que cegaban su vista se abalanzó contra mesa artesanal buscando algo que pudiera ser un antídoto, pero era en vano, ya no estaba en condiciones de identificar nada. Terminó tirando todo lo que había sobre la mesa y en un último esfuerzo se acostó sobre ella, a seguir soportando el dolor. En la mente del Cenizo todo era una luz tan intensa como el dolor que sentía. Retorciéndose sobre la mesa, su cuerpo y sus ropas empezaron a palidecer y a la vez a irradiar luz blanca, como aquella que tenía en su mente. Y en un segundo el dolor desapareció, al igual que la luz en su mente y la que irradiaba su cuerpo. Recuperó la lucidez en su mente, mientras un paisaje multicolor se dibujaba frente a él. En la mesa su cuerpo era ese dibujo al carboncillo que hasta ese momento sólo se había manifestado frente a los espejos. Empezó a caminar reconociéndose al interior de una pintura de estilo impresionista de una selva exótica, una pintura en tres dimensiones, dinámica, literalmente con vida.

El viejo chamán a pesar de estar acostumbrado a lo sobrenatural, no podía evitar la sorpresa de observar algo nuevo para sus ojos.

- Nunca antes suceder esto.

El Cenizo continuaba caminando, examinando la flora y fauna de ese lugar. A pesar de la ligereza del ambiente pudo sentir a su paso es desplazamiento de un fluido que no era aire.

- ¡Éter! No era una hipótesis física fallida. Aquí existe.

Recordó aquella hipótesis de las tantas que intentaron explicar la relatividad, antes de la Teoría de Einstein.

Pisaba la maleza crecida pero tan pronto retiraba el pie al avanzar la maleza volvía a recomponerse.

- ¿Por qué no tienes color? – una voz infantil.

Delante de él, un diseño animado de una libélula multicolor le preguntaba. Sin embargo no le respondió y continuó caminando, no creyó importante la pregunta de una criatura con voz infantil. La libélula lo siguió, acompañándolo en silencio mientras iba y venía a su alrededor.

- ¿Por qué no tienes color? – insistía la libélula.

- ¿Por qué una libélula habla?

- ¿Por qué no debería?

No quiso entrar a un debate, seguía explorando ese extraño universo. Un otorongo sintético retozaba no muy distante las manchas de su pelaje eran dinámicas cambiando continuamente de forma y color aunque todos del mismo. Aves del Paraíso escarchadas de plata se lucían semitransparente dando saltos a orillas de un río azul eléctrico surcado de corrientillas blancas.

- ¿Buscas al Gran Espíritu?

El Cenizo consideró ahora sí darle importancia.

- Sí. Por favor llévame con él.

- No puedo llevarte donde él.

- ¿Por qué no?
 - El Gran Espíritu recibe sólo a los que son dignos de estar ante su presencia.
 - ¿Cómo saber quién sí es digno?
 - Sólo la Gran Madre lo sabe y ella invocará al Gran Espíritu.
 - Está bien entonces llévame con ella.
 - No puedo llevarte donde ella.
 - ¿Por qué no?
 - Porque ella recibe sólo a los que son dignos de estar ante su presencia.
 - Sabía que no era buena idea hablar con una libélula.
 - ¿Por qué sigues dudando? – otra voz, familiar.
- El Cenizo giró en busca de la voz, y divisó a una *mariposa Elena* que en su vuelo iba dejando un halo turquesa tras su recorrido zigzagueante pintando temporalmente el paisaje sicodélico de esa selva de fantasía.
- Nunash, ¿tú aquí?
 - Sí. Aunque podría ser sino solo el producto de tu imaginación... una vez más.

Silencio.

- ¿Qué es este lugar?
- ¿Has escuchado hablar del Edén?
- El Edén, es un mito, además se supone que una vez existió en los valles africanos del río Éufrates.
- ¿Y ahora dónde estamos? – preguntó Nunash, había una dulce ironía en su interrogante.

- En... ¿la selva de ...? – empezó afirmando y terminó dudando.

El Cenizo reparó en que se encontraba en un universo diferente. Pero ¿entonces es esto el Edén?, se preguntaba.

- ¿Cómo me encontraste?

- Aquí, toda la naturaleza y sus criaturas estamos comunicados por una presencia espiritual que está en todas partes. Es omnipresente.

- ¡El Éter! - dijo El Cenizo, convencido una vez más.

- Pensé en ti y el “Éter” me trajo hacia ti – con dulzura, como queriendo confortar a un niño.

- Pero entonces ¿Cómo sabías que estaba aquí en... este lugar?

- El Espíritu del Ayahuasca se conmocionó con tu visita. Tienes que regresar, tu cuerpo ha quedado entre dos mundos. Cuando el Espíritu del Ayahuasca describió al visitante, inmediatamente supe que eras tú.

- Nunash, el viejo chamán me dijo que aquí obtendría respuestas.

La mariposa se posó sobre la yerba delante de él, la libélula la imitó. Entonces, aureolas de luces turquesas se multiplicaron sobre ellas, sus pequeños cuerpos empezaron a irradiar luz hasta que sus brillos empezaron a transformarse a formas de figuras humanas, la mariposa en Nunash, y la libélula en una niña, ambas vestidas de princesas.

- Supuse que para eso habías venido. Por eso la llamé, tal vez ella te dé respuestas.

Delante de él, se abrió la selva y una luz se manifestó, emergiendo una voz solemne y maternal.

- Bienvenido, es un honor tu visita.
- ¿Me conoces?
- ¿Quién no conoce al Cenizo?
- ¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu nombre?
- Por muchos nombres me conocen: Atabey, Ceres, Mahimata, Coatlicue, Ademéter, Tonantzin. Gea.
- Eres el espíritu de la madre naturaleza.
- Sí. Soy la Pachamama. La madre de la naturaleza y todas sus criaturas. La que da inmortalidad a sus hijos convirtiéndolos en montaña. La que hizo de ti una torre de estalagmita en la Cueva de las Lechuzas.

El Cenizo volteó a ver a Nunash.

- Sí. No fui yo, fue ella. Ella tiene el poder – respondió Nunash a la mirada del Cenizo.
- Entonces estoy en deuda contigo – dijo el Cenizo a la luz.
- Aquí no hay deudas. Además fue en recompensa por tu acto de aquel día. Salvaste a mis hijos.
- Dime, ¿por qué mi reflejo en el espejo es esta figura en la que ahora estoy convertido? ¿Cómo hago para regresar a la normalidad mi reflejo?
- Antes tú contéstame algo. ¿En verdad crees estar aquí y que somos realidad? ¿O sólo le sigues corriente a una alucinación de tu mente producto de haber ingerido el Ayahuasca?

Silencio de parte del Cenizo.

- Tu duda nos daña tanto y más que nuestros crueles depredadores. Y más aún tú que en cada reflejo tuyo eres prueba y testigo que eso que llaman “sobrenatural”

sí existe. El hombre tan inteligente y la misma vez tan necio. El “racional” ser humano que se empeña en convertir “lo sobrenatural” en “natural” con las explicaciones científicas. Y sin embargo confunde el “como” creyendo haber encontrado el “por qué”.

- No dudo, yo sí creo.
- Creer es tener fe, y fe, no tienes. Deseas encontrar una respuesta que dé solución a tu “problema”, y no reparas en que no es un problema ¿no has pensado que tal vez es un don?
- Problema o Don, la gente no entiende y destruye lo que no entiende, tú bien lo sabes.
- ¡Ay!, hombres humanos. Han desmenuzado la materia en busca de una respuesta a su material existencia y al final han encontrado que las partículas elementales que componen su materia no son entendibles sino por complejas fórmulas matemáticas. Y luego dicen no creer en la magia, no creer en lo sobrenatural, no creer en Dios.
- Todo es cierto...
- Pero no has venido por un sermón de humanidad. ¡Ay, Cenizo! Sólo quieres tu respuesta – pausa – Tu sabes la respuesta. ¿Qué paso antes que perdieras tu “normal” reflejo?
- Derramé aguarrás sobre mi autorretrato. La trementina diluyó...
- ¡Ay, Cenizo! – pausa - ¿Y entonces por qué no te vuelves a pintar?
- Lo intenté varias veces.

- Entonces esa no es la respuesta – pausa – y ya no hay más tiempo, a menos que quieras quedarte aquí para siempre tienes que regresar ahora.
- ¿Entonces cuál es la respuesta?
- ¡Ay, Cenizo!, primero debes perdonarte por haber cargado tantos años una culpa que no es tuya, y luego debes darle una nueva oportunidad a tu corazón. Adiós Cenizo.

La luz retrocedió tras la selva acrílica y Nunash se acercó al Cenizo.

- Ven, te vamos ayudar a regresar.

En la choza el cuerpo del Cenizo estaba siendo sometido a pequeños experimentos por el chamán haciéndole gotear agua o tocándolo con pequeños objetos, sorprendiéndose de la reacción que producía su contacto. De repente, la vieja puerta de su choza estalló, y entraron dos soldados encañonándolo con sus armas.

- No te muevas brujo del demonio. ¡Mi teniente, aquí rápido!

El teniente entró y al igual que el soldado no daba crédito a sus ojos.

- ¡Qué carajo es esto! Viejo explica o te mueres.
- Yo tampoco saberlo. ¡Lo juro!
- ¡Cárguenlo! Es nuestro prisionero, llévenlo al camión.
- ¡No lo toquen!
- ¿Por qué?
- No sé.
- Ustedes dos ¡Cárguenlo!

Los dos soldados se acercaron temerosos al Cenizo, se emplazaron uno a cada lado para incorporarlo, lo tomaron de los brazos e inmediatamente fueron repelidos por una fuerza invisible, que los derribó y quedaron en el suelo retorciéndose de dolor mientras sus cuerpos se encendían y apagaban como si iría a pasarles algo parecido al cenizo. Y luego murieron.

El teniente, a pesar de su terror, no estaba dispuesto a dejar de cumplir su orden.

- A ver si lo mismo le haces a las balas. ¡Mátenlo!

*Así nos hubieran visto,
estábamos ahí sentados frente a frente.
No podía faltarnos la luna,
y hablábamos de todo un poco,
y todo nos causaba risa como dos tontos.
Y yo que no veía la hora
de tenerte en mis brazos y poderte decir...
Y de pronto nos rodeo el silencio,
y nos miramos fijamente uno al otro.
Tus manos entre las mías...
"Te amo". Franco de Vita*

Tu recuerdo

Estaba nervioso, intentaba mostrarse seguro pero estaba nervioso como un adolescente en primera cita o en su primer examen médico. Ya tenía su amor, el sabor acuoso de su boca donde las palabras recién formadas aún conservan su humedad. Pero aún temblaba con ese temor que siempre combatía, con ese miedo que tenía del mundo, de las gentes, tenía miedo de casi todo, pero nunca lo demostraba. Siempre ganaba, pero sus logros comenzaban contrarrestando el miedo y terminaba con el triunfo que atemoriza a los demás, a quienes les rodean, ese temor al que se le llama respeto y que todos le tenían a él.

Salir una vez por semana sí se podía, ella estudiaba una maestría después del trabajo, él también, pero además tenía que salir de viaje. Salir un día de semana era sólo cuestión de coordinar, salir un fin de semana era una oportunidad pocas veces factibles. Un sábado por la noche, era entonces, un día muy especial que no podía dejarse pasar. Nunca los domingos, ella los hizo respetar desde un principio.

Él esperaba en la tienda, tomaba néctar de durazno en caja. No pudiendo compararse con el néctar que de ella probó aquella noche, sólo hace unas semanas. Recordaba, era tarde, habían salido por primera vez. La charla amena, de temas variados, desde las elecciones municipales hasta las nuevas tasas de interés, charlaron acerca de la marcha de la empresa donde ambos prestaban servicios profesionales y otros. Y claro para no parecer demasiado serios también charlaron sobre la credibilidad de los chamanes, sus *curas* y sus *fumadas*, era lo que el pionero de los talk show en el país, Fuego Cruzado, proponía en la pantalla del televisor. En lo personal, de cómo eres, de que te gusta y que no. Ambos esforzándose en mantener la mirada en algún objeto, en alguna decoración, tratando de no encontrarse muy seguido en la mirada del otro, pues éstas se perdían en el brillo mutuo reduciendo la amplitud de la visual hacia la profundidad de sus ojos desde donde se dejaban absorber irremediablemente al fondo de sus almas. El cine, la pizza en la calle exclusiva de ellas, una velada perfecta, una charla amena pero de amor, nada. Tenía que ser esa noche, ahora que el encanto los rodeaba, ahora que las estrellas giraban alrededor de ambos y arriba en el firmamento, quién sabe, a quién le importa. Ahora que sus oídos sólo filtraban sus voces, ahora que el ruido de las calles céntricas eran sólo murmullos tímidos en sus oídos, ahora que las luces exageradas de esas mismas calles eran opacadas por la luz de sus miradas, como en el día sucede con las estrellas.

No podía dejarlo ir desde la cerca del portal de su casa. No podía permitir que ella se despidiera con un beso en la mejilla, podía rompérsele el alma.

No podían permitirlo.

Dilo, ¿quieres pasar? Por favor, sólo un momento, aún no es muy tarde. Dilo. Pensaba.

Ella lo dijo: “¿Entras? Aún no es muy tarde”.

Mentira, ya dormía su familia al interior.

Entraron, se sentaron uno al lado del otro en el sofá de la sala, un viejo sofá, por tanto, más acogedor. La tenue luz de la lámpara de pie, podría ser muy sugestiva, la araña de cien diamantes y ocho focos en el centro del techo de la sala, alumbraba mejor. Aunque era demasiado exagerada para el tamaño del ambiente. Aquella sala pequeña estaba en silencio, se respiraba a calor de hogar, podían observarse en los objetos inanimados, el toque de vida que de las manos de ella recibieron. Uno al lado del otro, en sus miradas, las rodillas de ambos y sus manos temblorosas en ellas. Retomaron los mismos temas, no tenían otros en sus nubladas mentes, fue como un resumen de la anterior charla. Se acabaron los temas, quedaron en silencio, y del amor, nada. ¿Y ahora? ¿Qué más le digo? Ya son más de las doce, el péndulo del reloj cruel, contaba cada vez más rápido los segundos. “Dios, un milagro”. “Dios, un tema para seguir hablando, no sé qué decir”.

De repente una polilla de ropa en busca del terciopelo del sofá, se cruzó frente a ellos zigzagueando, él intentó atraparla en el aire, ella hizo lo mismo, sus manos en busca de atrapar esa pajilla saltarina fueron

enmarañándose unos a otros hasta que los hilos invisibles de sus recorridos terminaron amarrándoles y quedaron así, tomados de las manos, con los dedos entrelazados, presionándose y acariciándose suavemente, como desquitándose de la indolente ausencia de aquel contacto que habían ansiado toda la noche. Y sus pulsos se sincronizaron y sus temperaturas se equilibraron. Y otra vez el silencio. Y otra vez el ruego a Dios. ¿Cuánto más iban a seguir acariciándose las manos sin decir nada? ¿Cuánto más antes que el rubor y la prudencia les digan que deben soltarse? ¿Cuánto, antes que la timidez pida disculpas? ¿Cuánto más? Un impulso, él sintió que el corazón golpeó al cerebro con fuertes bombeos sanguíneos que lo cegó. El corazón actuó. Volteó la mirada hacia ella y le acercó el rostro, lenta pero decididamente hacía su mejilla y la besó. Sí, fue un beso en la mejilla, pero no de saludo, ni de despedida. Fue un beso en la mejilla entregándole el corazón, diciendo: “Te amo”. Sin palabras.

- Lo siento. No sé porque hice eso – le dijo él.

Y estaba a punto de soltar sus manos, cuando ella se las apretó suavemente y le acercó los labios besándolo en la mejilla: “Te amo”, otra vez sin palabras se escuchó.

- Lo siento. No sé porque hice eso – le dijo ella.

Sus manos retomaron sus caricias...

- ¡Despierta!

Lían sonrió e inundó con su sonrisa el mundo que lo rodeaba. Retornó a la tienda. Los ojos de ella eran como un par de espejos donde él podía verse reflejado a sí mismo, no en imagen sino en alma. La noche se cernía

sobre ellos. Octubre soplabla en el ocaso sin color que anunciaba su llegada desde las cordilleras de oriente, a un cielo luminoso pero siempre gris, mas podría caerse el firmamento desde ese momento y para siempre, no importa, porque el mundo podría también derrumbarse bajos sus pies, si él podría flotar en el aire suspendido de las manos de ella. No importa si repentinamente se extinguiera el aire, aún podría respirar del éter que la rodeaba. No importa si ese mismo éter de diluyera en la nada, porque ella con el aliento de cualquier palabra que pronunciase podría crear otra sustancia elemental sólo para los dos. El universo podría regresar a su estado original junto con toda la materia y la energía que hubiera existido, pero no con la que ahora poseían ambos, porque ellos ya eran de otro universo, ni junto ni paralelo, simplemente del universo de los dos. Caminan de las manos, ella sintió en los dedos de él, el leve temblor de la primera vez. Un temblor que nunca antes había percibido en otras manos, sólo hasta ahora el espíritu había podido trascender la masa, y no eran las manos posesivas que la sujetaban firmemente como en otras ocasiones, esta vez era las temblorosas palmas del amor que se estremecían con las suyas.

- Estas tiritando - dijo ella
- Es el frío
- No es cierto, yo no siento tanto frío como para tiritar
- Es que soy un poco friolento, ¿lo has notado?
- Espera...

Nunca él lo olvidaría. Ella se detuvo en el camino, y a él también. Lo tomó del hombro con una mano mientras

que con el otro antebrazo le recorrió de arriba hacia abajo la espalda quitándole esa escarcha invisible que él tenía entre los tejidos de su chompa. La escarcha de su temor. Y entibió su espalda. Luego hizo lo mismo con su pecho, otra vez su antebrazo afranelado recorrió de arriba hacia abajo quitándole el rocío de su timidez oculta. Y entibió su pecho. Luego lo tomó de las mejillas con ambas manos, apenas por un segundo, para seguidamente deslizarlas por su cuello, llegar a sus hombros e irse hacia su espalda a la que palmoteó tan suavemente que fue una caricia, regresaron sus manos hacia los hombros y bajaron inmediatamente hasta su pecho donde la caricia fugaz no se detuvo, al llegar a su abdomen sus manos apenas se separaron un centímetro para golpear el aire entre ellas y el tejido de su chompa. Luego lo abrazó con ternura. Nunca más a partir de ese momento él volvería a temblar, nunca más a partir de ese momento él volvería a sentir miedo, nunca más, el mundo ahora y para siempre sería la causa de sus temores. Aun después de ella, aun después del amor. Nunca el amor es verdadero sino deja algo para la posteridad. Él recibió de ella el máximo don que el amor pudiera dar a una persona. Él recibió de ella: el abrazo que quita el miedo.

*Por qué será que los amores prohibidos
son más intensos que los permitidos...
qué los amores prohibidos nos vuelven locos más fácilmente
que el sabor de los besos tienen un gusto tan diferente
que cuando hacemos el amor nos comemos vivos...
Por qué será y es la verdad
que uno toca el cielo mientras está pecando
Y no nos importa si tenemos dueño...
“Por qué será”. Rudy la Escala*

Traiciones

Así que ese día, entre la tarde y la noche, ella otra vez volvió sucumbir al placer carnal, entre charlas del valor agregado de la comida chatarra y la masificación de los productos exclusivos. Volvió a sucumbir no sin antes haber arrancado con uñas y mordiscos la promesa de amor y matrimonio, primero de la piel y luego de la boca de su hasta ese momento, amante.

Ambos salieron abrazados de un pequeño hostel a tan solo dos cuadras de la casa de ella, mientras pensaba en la forma que le diría a su novio que... le diría que... antes de la forma primero... ¿Qué le diría? Todo terminó, sería lo mejor para decirle, pensaba. Todo terminó, lo nuestro no funciona. Tenía que ser pronto, lo más rápido posible. Cuando se disponían a subir al auto, ella observó que en la esquina de la calle de enfrente estaba su novio, también observándolos, se levantaba del muro que lleva el nombre de la calle, y se fue en silencio amargamente, un húmedo ventarrón nocturno lo confundió con algún último resplandor de aquella tarde gris, y lo golpeó intentando extinguirlo, sólo lo despeinó pero eso bastó para hacerlo irreconocible.

Esa misma noche ella lo fue a buscar y lo encontró terminando de regar el jardín exterior de su casa. ¿Aún podría arrepentirse? No, no podía, ella ya era de otro. Y pensar que hace un tiempo su novio le propuso a ella que le pidiera algún cambio en él de acuerdo al gusto de ella, pues pensaba que tal vez él mismo era responsable de la desilusión de sus parejas, ella le dijo que lo amaba tal y como era, que ella no era como el resto de chicas que tratan de moldear al hombre de acuerdo a sus gustos, que ella no gustaba de hombres complacientes, sino más bien de hombres atentos, como lo era él, entonces su novio; pues en una casa puede faltar cualquier cosa, menos la atención de la pareja, y que por sobre todas las cosas ella sabía valorar a un hombre. Estéril discurso, pues a la hora de valorar, valoró mucho más a su engreído amante que a su atento novio.

- Tenemos que hablar. Déjame explicarte. No vayas a culparte.
- No – respondió – No es necesario.
- No quiero que pienses que...
- Más que no querer oír tu explicación, no quiero escuchar la misma explicación de otras tantas veces.

Así que ella se fue fingiendo para sí misma, estar molesta por la desazón de no haber podido decir su explicación, la misma que hasta ese momento no había podido concretar. Se casó con su amante a costa de la silenciosa y anónima resistencia de media docena de chicas que estaban detrás de él.

La vida continuó. Ya eran marido y mujer, esposo y esposa. Sin embargo el ahora esposo haciendo gala del dominio de las técnicas de publicidad engañosa, siguió vendiéndose como soltero, a pesar de reconocer a cada momento que era un feliz casado, a tal punto que aquella chica que no había caído en sus brazos antes, ahora lo hacía a pesar de tener pleno conocimiento de la existencia de la esposa. Ella los descubrió el día que él se olvidó de apagar el celular que cayó de la mesa de noche empujado por la almohada que no soportó la impetuosidad de los nuevos amantes quienes se sintieron orgullosos de que su fogosidad produjera estragos en la habitación del hostel que los refugiaba. Como la última llamada había sido a su esposa para decirle que el “trabajo” lo retrasaría unas horas, el botón verde repitió la llamada al golpearse con la cigarrera que también fue al suelo. Así que la ahora esposa escuchó cada golpe de las respiraciones, las suplicas, los repetidos desvanecimientos, el nombre de su marido en la voz de otra mujer, el nombre de otra mujer en la voz de su marido, el nombre de Dios en las voces de ambos. Escuchó por largo rato, estuvo tentada a gritarles sus vidas desde el suelo pues aunque caída sobre sus piernas al lado del teléfono, sentía estar al pie de la cama de los amantes, convertida en ese celular al lado del taco del zapato de la otra, impotente, sin brazos, sin piernas, sólo con oídos para escuchar, sólo con corazón para sufrir. Escuchó que terminaron, escuchó la amena conversación que precede al acto, y sólo colgó cuando escuchó que su esposo se preguntaba por el celular, colgó porque sintió que si él recogía el celular del suelo con ella en la línea, sería como si la recogiera a ella del suelo, que

la tocaría con esa mano que momentos antes había acariciado la intimidad de otra mujer, sintió que podía ensuciarla con su traición.

Una traición se cobra con otra traición.

Así que estaban los dos ahí, entre cuatro paredes tapizadas de figuras fractales como ojos de miradas fijas y penetrantes. Después de tanto tiempo otra vez solos en el cuarto de un hostel, después de haber compartido sus cuerpos con otros, otra vez los dos. Ahora el ex novio sería el amante, ahora él podría desquitarse de la traición de ella. Ella también se vengaría de la traición de su esposo. Ahora él se vengaría por todas las veces que las mujeres lo traicionaron, por todas las veces que fue abandonado por otro. Por fin, tantas veces se había dicho así mismo que un día ellas lo vendrían a buscar por despecho y entonces sucedería lo que ahora iba a suceder. Abrazados, sus labios ensayaban el pronto movimiento de sus cuerpos. Pronto ella volvería a recibir en sí, la sustancia que reclama derecho de posesión.

Ella pensaba que al próximo comentario sarcástico de su esposo traidor ella podría responderle con otro igual, le refregaría en el rostro que ella también había hecho lo mismo que él, no le diría con quien, pero en cuanto su esposo se encolerice, ella lo negaría y diría que sólo lo dijo por sacarle celos y para que sepa cómo se siente uno ante la noticia descarada de la traición conyugal, nunca le diría que lo hizo con el hombre que ella dejó por su ahora esposo traidor que en su momento

disfrutó tal suceso como un vencedor que se burla del derrotado.

Estaba ansiosa, excitada, la traición la excitaba, no quería perder tiempo, al igual que los cientos de ojos en las paredes. Él también estaba ansioso había esperado tanto tiempo ese momento y tenía miedo que algún imprevisto le malogre la ocasión, un incendio, un sismo, un meteoro, que sé yo, pensaba. Sólo su vejiga le pidió unos segundos para aliviar su carga, sólo unos segundos y luego estaría apto para que un nuevo cachudo nazca entre los millones de maridos que pueblan la tierra. Así que él fue al baño, ella le pidió que se apure y procedió a desvestirse, había venido para eso, aunque de boca para afuera se decía que sólo quería charlar con alguien, y sin embargo había venido con ese vestido liviano que soltando las tiras de los hombros caían rendidos al placer del suelo y ella sobre la cama. Mientras él se lavaba las manos pudo ver en el reflejo del espejo a través de la puerta medio abierta, a aquella hembra desnuda que había sido suya hace un tiempo, con el cuerpo intacto de otras noches de intensa pasión. Mientras ella acomodaba sus ropas en el mueble al lado de la cama, él encontró colgadores de ropa en el baño. Colocó ahí su camisa y mientras desajustaba la correa de su pantalón para continuar desvestiéndose, volteó para observar a ese cuerpo de ella antes suyo, más que intacta, la vida marital la había desarrollado haciéndola de un cuerpo apetitoso, más que apetitoso, un cuerpo necesario por ser ahora prohibido, tonto concepto, como si el matrimonio prohibiera las traiciones, como si la traición antes del

casamiento sí fuera lícito, pensaba mientras se desvestía. Sólo en ese momento lo comprendió.

Dos minutos después salió del baño, ella estaba tendida sobre la cama con los ojos cerrados, con su vientre desesperado deseándolo a gritos. Retozaba sobre el lecho con el movimiento de las gatas con ganas, su cuerpo flameaba excitando a las sabanas, los cientos de ojos en el tapiz de las paredes reventaban sus pupilas ante tal espectáculo de erotismo y sensualidad, la almohada acariciaba su rostro, ella continuaba con los ojos cerrados pretendiendo eliminar el sentido de la vista para potenciar el sentido del tacto. Entonces él se le acercó lentamente y ella al notar su proximidad, flameó con más ansiedad, y las sabanas alcanzaban el clímax, la almohada y su rostro estaban a punto de llegar al orgasmo, y en la pared los ojos fisgones del tapiz estaban desconcertados. Él la besó en los labios, ella le lanzó los brazos para rodear su cuello y jalarlo hacía sí, y entonces pudo notar que él aún llevaba la camisa puesta, extrañada ella abrió los ojos y vio que él estaba completamente vestido. Él se soltó de los brazos mientras retiraba sus labios, la miró tristemente y le dijo:

- Lo siento amor. No soy como ustedes. Yo soy mejor.

Y se marchó.

*Nació de una tormenta
en el sol de una noche el penúltimo mes.
Fue de planeta en planeta buscando agua potable,
Quizás buscando la vida o buscando la muerte
eso nunca se sabe.
Quizás buscando siluetas o algo semejante
que fuera adorable,
O por lo menos querible,
Besable, amable.
La última vez lo vi irse entre humo y metralla,
Contento y desnudo, iba matando canallas
con su cañón de futuro.
“La canción del Elegido”. **Silvio Rodríguez***

Las dos moles

No tuvo más remedio que dejarlo libre.

Sabía que en otras circunstancias tener capturado al Cenizo sería un trofeo que le ameritaría un ascenso. Sin embargo, dadas las circunstancias y la presión del pueblo era mejor dejarlo ir.

- Pero antes... un espejo, traigan un espejo – quería comprobarlo el mismo.

El capitán quería saber si esa absurda leyenda era cierta y puso un espejo delante del Cenizo.

- ¡Dios!, es cierto, esto es cosa del demonio – no daba crédito a sus ojos.

- ¿Ahora me va encerrar por no tener un reflejo como el resto? – el Cenizo, con sorna.

- ¡Lárgate!... ¡que se largue!.. lejos... muy lejos – vociferaba empuñando su espada de honor en su cinto.

Lo soltaron, al salir a la calle muchos se le acercaron, de entre los que lo rodeaban acompañando sus pasos, se

escuchaba temerosos “gracias”, “gracias señor Cenizo”, ocultamente, sin mostrarse.

El ambiente del pueblo había cambiado, ya no estaba desolado, ahora todas las calles estaban concurridas y la plaza de armas se mostraba conglomerada por los propios habitantes del pueblo, como un día de feria a pesar de los desgraciados sucesos, incluso empezaron a desplegarse vendedores, total era domingo y la vida debía continuar a pesar de las muertes. Los habitantes intentaban retornar a la normalidad, intentaba volver a sonreír. No obstante, en el patio del colegio se inventariaba a las víctimas mortales, permitiéndoles a los familiares de los civiles llevarse los cuerpos a sus casas para lavarlos, velarlos y sepultarlos. Los habitantes iban de un lado a otro como verificando no sólo la aún existencia de sus amigos y vecinos, sino la de ellos mismos.

El Cenizo iba recuperando sus pertenencias, primero alguien le trajo su caballo, luego otra persona le alcanzó sus alforjas, y mientras las acomodaba de rato en rato recibía como obsequio algunas provisiones de uno y otro habitante. Algunos le pedían que se quede, pero él sabía que no era conveniente para el pueblo, su presencia también era perturbadora.

Intentando acomodar una linterna en su alforja encontró una cinta de video que había colocado entre aquellos tesoros básicos con los que inició su periplo aventurero unos años atrás: La Guerra de las Galaxias. El estuche estaba maltratado desgastado, sin embargo al abrirla encontró la cinta intacta e impecable. Años después de haberla visto repetidamente la película en su cuarto-taller

de la capital, reparó en que nunca más la había podido volverla a ver. Y seguro pasarían más años para verla nuevamente. Así que tomó el video y se dirigió hacia el local comunal de la iglesia, ahí donde él sabía que estaba el único televisor de la región y un reproductor VHS donde se proyectaban películas religiosas. Los habitantes del pueblo estaban convencidos que así como La Biblia era el testimonio de Dios hecho palabra, así también el televisor era el testimonio de Dios hecho imágenes. Ambos eran santos: Santa Biblia, Santo Televisor. El local estaba lleno, había niños, adultos y ancianos esperando que la monja ponga alguna película que les de consuelo. Pero la monja estaba ocupada con los asuntos encargados por el cura antes de huir. El Cenizo entró y se dirigió hacia el televisor, avanzó despacio cuidando de no pisar a los que se encontraban acomodados en el suelo, encendió los equipos, colocó el video ante el desinterés de los concurrentes. De pronto el estruendo sinfónico de la banda sonora de la película como un estallido despertó la atención de todos los presentes, quienes al voltear observaban en el sagrado televisor la estrellada inmensidad del universo y sobre ellas las palabras del prólogo divinamente azules perdiéndose en el horizonte del universo. Mientras más habitantes atraídos por la novedad procuraban entrar al local, el Cenizo se retiró dejándolos atrás, boquiabiertos.

Acomodado entre los concurrentes estaba el anciano Don Matías Isaac el padre de La Flor, acomodado en una vieja silla de madera tapizada en paja tejida por él mismo. Veía atentamente la película, presintiendo un mensaje ya olvidado. No fue sino hasta que el viejo Obi-Wang-

Kenobi se batió en duelo con Darth Vader que el corazón de don Matías Isaac se sobresaltó de la emoción al por fin recordar aquella historia que él mismo había narrado hasta el cansancio sobre aquella noche ya hace siete décadas atrás y que fuera el punto de quiebre en su vida, esa historia de la cual juraba ser testigo pero que nadie daba credibilidad, acusándolo de uno de sus embustes de joven aventurero.

- ¡Oh!, mi señor, eres tú – se incorporó con esas palabras. Los presentes a pesar de escucharlo lo ignoraron, pensaban que era uno más de sus desvaríos de anciano atolondrado.

- Gracias Dios, por el testimonio de tu mensajero, ahora sé que no fue un sueño, perdóname por haber dudado.

Por fin su espera terminó, incluso había olvidado lo que estaba esperando. Y mientras el viejo Obi-Wang se dejaba abatir por su ex-discípulo, los secos ojos de don Matías Isaac se inundaban de lágrimas desconocidas por él mismo, y su mente regresaba por última vez al recuerdo de aquella noche.

Eran setenta años atrás, años en que nadie dudaba de la existencia de lo sobrenatural, años en que duendes y engendros eran parte de la fauna de la región, años en que la noche le pertenecía a las animas errantes, años en que se tenía más miedo al poder de los brujos pishtacos que al castigo de Dios. El día previo a aquella noche dio cuenta que algo iba a suceder, los pobladores que madrugaron para viajar o para labrar sus tierras testimoniaron ver visto el amanecer con dos soles elevándose por sobre la cordilleras. Más aún, siendo el

medio día el mismo pueblo había sido testigo de cómo el sol hizo movimientos extraños sobre sus cabezas aumentando y disminuyendo su fulgor. La iglesia se abarrotó de fieles pidiendo perdón a Dios, sin duda era un presagio de un castigo divino, tal vez el fin del mundo.

El ocaso sin embargo fue como el de todos los días con el sol perdiéndose sobre la cordillera de occidente, incendiando como siempre las montañas y el cielo en el horizonte. El alivio retornó al corazón de justos y pecadores, quienes tras la persignación de rigor dejaban la iglesia retornando a sus hogares. En camino a sus casas repararon en que las sombras de la noche que iba consumiendo las calles daban cobijo a visitantes no desconocidos.

Eran cinco individuos conocidos por todos. Aventureros, bandoleros, cazadores, hombres de quienes se sabía no temían a la muerte, ni conocían autoridad alguna que sea la propia, todos con el historial de alguna proeza sobrenatural: haber enfrentado a alguna criatura demoniaca, e incluso haberles dado muerte. Odiados, respetados, nunca ignorados, lo peor o tal vez lo mejor de la región, depende del punto de vista. Entre ellos estaba el aún joven pero no menos mentado Matías Isaac, cazador de engendros y raptor de doncellas.

No llegaron para quedarse, sólo estaban de paso hacia el norte, a pesar de ir a un mismo destino no viajaban juntos, guardando una distancia prudencial entre ellos dejaron las fronteras del pueblo continuando su lenta cabalgata por la trocha en dirección a Pinra. Se conocían, alguna vez uno había sido cómplice de otro en alguna

faena, o tal vez habían estado enfrentados en alguna disputa, de modo que de rato en rato alguno le pasaba la voz al otro sin ubicarlo con la mirada, sólo como para percatarse la distancia que estaban guardando, al doblar el camino en la misma vertiente de la Quebrada de los Osos, se unieron a otros tres proscritos aventureros provenientes desde oriente, de esos cálidos valles ubicados en una depresión de la cordillera, valle que permite el acceso a los fríos andes orientales desde la sofocante selva del Monzón.

Llegaron al punto de encuentro, el que los convocó esperaba sobre su carreta, así cubierto de harapos con el rostro oculto era la misma imagen de la muerte que se lleva a los difuntos hacía las profundidades de la oscuridad. Estaba acompañado de otros cinco mercenarios que acababan de llegar desde el norte. Escondidos entre la carreta y la maleza se movían algunas sombras que emanaban un olor fétido reconocido por todos: duendes.

Layqa-Runa, el brujo ermitaño que habitaba omnipresente en todas las cumbres inaccesibles de la cordillera desde Arancay hasta Tayabamba, era el que convocó a los trece ya sea personalmente o mediante sus demoniacos protegidos, esos mensajeros ahora escondidos entre la carreta y la maleza. Para convencerlos les había hecho obsequios fabricados de oro en las formas que alguna vez habían anhelado: una olla con monedas, un ídolo inca, un macizo torito, un hacha, una daga, un revolver. Y sobre todo la promesa de incalculables riquezas, mínimo sus pesos en oro. Todo a cambio de una tarea sacrílega.

El brujo descubrió la carreta retirando los pellejos de animal que usaba de toldo y cada uno de los trece tomaron sus respectivas herramientas: palas y barretas de hierro. Ni bien el brujo señaló en dirección a la cumbre de Tinyash, un relámpago iluminó la noche dejando ver su demacrada mano cobriza, decadente e inhumana. Unos segundos después el trueno retumbó entre las paredes formadas por las dos enormes cordilleras, desencadenándose una tormenta furiosa, diluviana, como si un colérico Dios golpeará el firmamento desde el exterior, quebrándolo en cada rayo dibujado en el oscuro cielo nocturno y sin estrellas, ensordeciendo los oídos de mortales.

Entre maldiciones todos llegaron a las ruinas, incluso los duendes que sufrieron más que el resto para subir la montaña y sin embargo mantenían sus risas guasonas más aún si alguien o ellos mismos eran abatidos por la fuerza de la tormenta: disfrutaban el dolor.

Llegaron a la explanada frente a las dos moles gemelas, el brujo les dijo que esperaran mientras se acercaba a las chulpas, luego de unos segundos desde el oscuro callejón formado por las ellas, salió un ser encapuchado vestido de negro, con un porte más alto que cualquier hombre normal. En el resplandor de otro relámpago pudieron ver por un momento su rostro inhumano, piel negra y gruesa como el caucho, enormes ojos negros vidriosos como de un reptil, sin nariz aparente, pero con una fosa bucal rígida, con colmillos similares a las rejas de una prisión infernal. Todos lo reconocieron a pesar que nunca antes lo habían visto. Aun en esos tiempos de leyenda, ese ser era una leyenda mayor y anterior: el mítico Yaga Runa.

El trabajo era sencillo, aunque sin duda la tarea sería ardua, tenían que derribar una chulpa, bajo la cual se encontraba el tesoro prometido como recompensa, además de algo que Yaga Runa estaba buscando. El brujo les dio la orden para iniciar, sin embargo un destello sin truenos iluminó la noche, ubicándose como fuente de luz tras una de las lomadas. Luego se extinguió y de aquella oscuridad surgió un hombre encapuchado vestido de blanco y gris, caminado entre las piedras talladas en dirección a las chulpas como al encuentro de Yaga Runa, la furiosa lluvia no lo mojaba desviándose en su redor. Se detuvo al llegar a la frontera de las chulpas y descubrió su capucha. Era un hombre con aspecto de pastor, un extraño de la región, un desconocido, que sin embargo recordaba a alguno de los monjes carpinteros de Llamellín venidos desde Italia. Cabello castaño, ojos claros, y con una mirada de paz como la del retrato de un Cristo. Ante un ademán de Yaga Runa, el brujo ordenó a los trece mercenarios atacar al pastor prometiendo duplicar la recompensa. Los mercenarios empuñaron sus herramientas como armas ubicando a su víctima con la mirada, sin embargo el pastor desconocido los miró fijamente extendiendo su mano abierta en dirección a ellos, quienes sintieron la falta de fuerzas en sus piernas y se desvanecieron perdiendo el conocimiento, sin oportunidad a dar siquiera un paso, quedando tendidos sobre los charcos en el pasto silvestre. Sin embargo a diferencia del resto de sus ocasionales compañeros Matías Isaac aunque inhabilitado de sus fuerzas corporales, no perdió el conocimiento y fue testigo de lo sucedido aquella noche.

Acto seguido los duendes se emplazaron alrededor del extraño pastor, desde el suelo Matías Isaac sabía lo que pasaría, los duendes atacarían y destrozarían al extraño, los duendes tenían garras de fiera y a pesar de su físico rústico y poco privilegiado eran capaces de realizar proezas imposibles para los humanos. Los siete duendes saltaron sobre el pastor, era su fin pensaba Matías Isaac, sin embargo el pastor se elevó de un salto girando en el aire como un remolino del cual salió una luz como una barreta metálica e incandescente impactando a cada uno de los duendes cuando ya casi estaban a punto de atraparlo en sus garras. Los siete duendes cayeron en pedazos, a la distancia Matías Isaac percibía el olor a carne podrida quemada, pero lo que más le asombró fue ver al pastor en guardia empuñando algo que él hasta el momento pensaba que era una fantasía religiosa: una espada de fuego.

Recordó la discusión que tuvo con el párroco de la catedral de Huánuco en relación a la forma de los ángeles.

- Créeme hijo todos los ángeles tienen alas, y sus espadas son de fuego.

Este hombre tiene una espada de fuego debiera ser un ángel pero no tiene alas, pensaba Matías Isaac. La espada de fuego se extinguió en las manos del pastor, quien dejó su posición defensiva. El brujo intentó entonces sorprenderlo, salto sobrenaturalmente al ataque del pastor, mientras en el aire de sus harapos sacaba un machete. Sin embargo una fuerza lo detuvo en el aire, suspendiéndolo unos segundos mientras el pastor

sujetaba algo en su puño en dirección al brujo. Luego el pastor apretó el puño y el brujo se estrujo como un cartón escuchándose el crepitar de sus huesos y tendones. El pastor abrió la mano y el brujo cayó del aire al suelo, sin vida.

Yaga Runa y el pastor frente a frente. Uno de negro majestuoso, el otro de gris humilde. Uno inhumanamente alto, el otro a imagen y semejanza de su creador. La lluvia les rehuía, sus auras eran impermeables. El resplandor de los relámpagos mostraban el atuendo de Yaga Runa poseía símbolos y dibujos en otras tonalidades de negro, en cambio las ropas del pastor carecían de color y la fibra era como de lino. A pesar que hablaron en un idioma desconocido Matías Isaac pudo entender el breve diálogo.

- No les pertenece – decía el pastor.
- Es del que lo encuentre – replicaba Yaga Runa.
- Regresará al Templo de la Luz.
- Morirás – amenazaba Yaga Runa sin inmutarse.
- Es inevitable – concluía el pastor.

Inmediatamente a las últimas palabras del pastor, espadas de fuego aparecieron en manos de ambos, de pronto la lluvia que los había estado evitando se precipito sobre ellos, e iniciaron un duelo increíble, inimaginable por los saltos con que arremetían uno contra otro, mientras el golpe de espada contra espada liberaba relámpagos. El fragor de la lucha ponía a veces a uno a punto de la victoria pero el otro lograba liberarse, alternándose en tal situación, hasta que finalmente Yaga

Runa se encontró en una situación difícil ubicado en el callejón formado por las dos chulpas y con el pastor arriba de él, sobre una de las chulpas dominando el escenario. Lo siguiente no duró más de un par de segundos, Yaga Runa hizo un movimiento veloz mientras su cuerpo salía expulsado fuera del corredor cubriéndose con su espada mientras con la otra mano lanzó un relámpago hacia el pastor, fue tal el poder del relámpago que destruyó el techo de la chulpa, pero el pastor ya no estaba en ese lugar, y al girar la mirada en búsqueda del pastor, sólo pudo ver un abanico de luz abalanzarse sobre él y su mente dejó de concebir pensamiento alguno.

El pastor quedó por unos momentos en silencio con sus ropas empapadas, con el rostro acongojado recorrido por corrientillas del agua de lluvia bajando desde su cabello, con los cuerpos sin vida de Yaga Runa, el brujo y los duendes, a sus pies. Tanta muerte innecesaria. Luego elevó su espada apuntando hacia el cielo y como si se tratara de un castigo todo el firmamento se vino sobre él, en forma de cien rayos que convergieron en la espada, Matías Isaac veía como la energía pasaba por el cuerpo del pastor e incendiaba todo a su alrededor, incinerando los cuerpos de los muertos, la tierra temblaba, podía notarse el rostro de dolor del pastor como un Cristo en plena expiación de pecados, tal vez el pastor habría optado por auto eliminarse, pensaba Matías Isaac. Los rayos se extinguieron, la lluvia cesó, y con lo que aún le quedaba de fuerzas el pastor clavó su espada en un monolito de piedra partiéndolo en dos. Luego el pastor quedó quieto irradiando aureolas celestes, una pierna se

doblegó apoyando su rodilla en la tierra que ya no estaba mojada. La serenidad se apoderó de la noche. Fue entonces que Matías Isaac vio con claridad que las aureolas sobre los hombros cansados del pastor, formaban alas de luz. ¡Es un ángel!, pensó mientras su corazón se sobresaltaba. Tal conmoción fue sentida por el pastor quien reparó en la presencia y conciencia de Matías Isaac, lo miró con esa misma mirada de paz con que llegó y descubrió su capucha. Le habló en un idioma extraño y sin embargo Matías Isaac lo entendió a la perfección, sin duda al ser un ángel tenía el don de lenguas, concluía.

- Levántate y acércate, si ese es tu deseo – en ese idioma, seguro de ángeles.

Martín Isaac, sintió como su cuerpo recupera sensibilidad y fuerza motriz.

El ángel se dirigió hacia la chulpa que había sido escogida para derribar, se puso frente a ella, esta vez por voluntad propia apoyó una rodilla en el suelo mientras de entre sus ropas sacaba un libro empastado en plata, el cual abrió en presencia de Matías Isaac. Era un libro sagrado, sin duda escrito no en el alfabeto de los hombres sino en simbologías divinas brillantes y multicolores, dibujos mágicos que cambiaban de forma al contacto de los dedos del pastor. Matías Isaac observaba en silencio, maravillado, más aún al ver como de una de las aristas del libro se proyectó una luz verde en dirección a la base de la chulpa. Tal era el poder divino de aquel libro sagrado, que en una especie de espejo en su interior, Matías Isaac pudo ver como se dibujaba las entrañas de la montaña debajo de la chulpa, mostrándose los

cimientos de la mole, con una galería enterrada, plagada de utensilios de los antiguos habitantes, no estaba el tesoro prometido ni nada que pudiera representar algún valor material, y finalmente más abajo, la imagen de una vestimenta montada como sobre el cuerpo de un hombre pero sin contener alguno: una armadura. Un arnés que fue examinado detenidamente por el pastor y que el libro divino reproducía una y otra vez en diferentes posiciones, mostrando detalles ampliados a una velocidad que por más esfuerzo de Matías Isaac no conseguía comprender, limitándose sólo a quedar maravillado.

- Es sólo un señuelo - dijo el ángel en su idioma.

El pastor se incorporó luego de acariciar la última palabra mágica del libro sagrado, desapareciendo los símbolos divinos, lo cerró y guardó entre sus ropas.

Luego giró en dirección a Matías Isaac que aún permanecía en silencio, lo examinó en la mirada y le dijo sin pronunciar palabras, sino trasladándolas de mente a mente.

- Matías, tienes el don, úsalo con sabiduría.

El pastor tocó el hombro de Matías Isaac y éste sintió recuperar completamente sus fuerzas, lo que le animó a preguntar.

- Eres un ángel. ¿Cierto? - con temor a la respuesta.

- Sí - contestó el ángel luego de unos segundos, la pregunta lo enterneció.

Matías estaba a punto de arrodillarse a pedir perdón por sus actos, pero el ángel lo detuvo.

- Matías, penitencia no, redención sí. Usa tu albedrío.

El ángel levantó sus brazos y los sostuvo delante Matías Isaac, él entendió que estaba recibiendo la imposición de las manos, una energía lo invadió interiormente, volvió a sentir esa sensación de tener dominio sobre la naturaleza, cosa que sólo sentía en ocasiones como cuando cazaba engendros. Luego la paz del alivio espiritual. El ángel bajó los brazos, mentalmente le explicó que ya era hora de irse, aconsejándole dejarse guiar por la fuerza del bien.

- Ve en paz Matías, el poder está contigo – se despidió.

Se cubrió la cabeza con la capucha de su ropa y se dirigió en dirección a las sombras de donde había emergido segundos después que se extinguió la luz que lo había antecedido. A la distancia Matías Isaac le hizo una última pregunta.

- Ángel ¿Cuál es tu nombre?

Y mientras se perdía entre la oscuridad y las sombras de las ruinas, el ángel volteó la mirada y por primera vez sonrió respondiéndole esta vez con palabras.

- Ian Dan.

...que el dolor no me sea indiferente,
que la resea muerte no me encuentre
vacío y solo sin haber hecho lo suficiente.
que lo injusto no me sea indiferente,
que no me abofeteen la otra mejilla
después que una garra me arañó esta suerte.
...que la guerra no me sea indiferente,
es un monstruo grande y pisa fuerte
toda la pobre inocencia de la gente.
...que el engaño no me sea indiferente
si un traidor puede más que unos cuantos,
que esos cuantos no lo olviden fácilmente.
...que el futuro no me sea indiferente,
desahuciado está el que tiene que marchar
a vivir una cultura diferente.
“Sólo le pido a Dios”. León Gieco

Aparta de mí este cáliz

Día de San Valentón.

Cada día es una oportunidad para la paz.

Hoy he salido como todos los días a realizar mis labores habituales. Pero hoy no es un día como los otros. La guerra empezó temprano. Los noticieros de la mañana con toda su artillería de cursilería comercial me refregaron en la cara que soy una especie de Grinch del catorce de Febrero, sólo por el hecho de no haber previsto el más mínimo detalle a favor de tal día. Ni un mensaje de texto, ni una postal electrónica, y por precaución ignorando las llamadas de números desconocidos, no vaya ser que un fantasma del pasado sobrestime su

trascendencia y decida materializarse en esa fecha creyendo ser bien recibido.

Si alguna vez creí en el amor fue cuando el amor no pasaba por ser literalmente “platónico”; como con aquella niña prospecto de ángel con la cual lavábamos platos frente a frente en los fregaderos de los puestos de comida del mercado de mi distrito donde mi madre tenía uno, por aquellos años en que la gente playera usaba bronceador y aún no existían los bloqueadores solares. Mi madre sin querer (supongo) me hizo sentir ridículo y avergonzado al decirme que esos platos que lavaba estaban limpios pues hace un rato yo mismo ya los había lavado. Decía yo *trágame tierra* con el rubor encendiendo mi rostro, mientras la niña me miraba fijamente yo no sé si molesta o a punto de reírse de mí, cuando la dueña del otro puesto le dijo: “niña, ya deja ese plato, cánsate”. Warma Kuyay.

Si eres alguna de las que aún conservan mis tantos versos de amor que algún día les dediqué, hoy es un buen día para devolvérmelos.

Traté de ignorar la mañanera agresión televisiva. Antes de entrar a la oficina me dirigí a la farmacia a intentar convencer a la farmacéutica que por favor me venda un par de capsulas que alivien mi picazón nasal, pero la terca señorita de moño perfecto insistía que el medicamento en cuestión tenía un compuesto que necesariamente requería prescripción médica. Me decía “no” secundada por un globo rojo en forma de corazón cuya espiga estaba plantada en una ranura del

mostrador, y que decía: Feliz Día de San Valentín. “Hágalo por el día de la amistad” le dije, a ver si la fecha servía para algo. “No”, seguía respondiendo, con el burlón globo festivo siguiendo el movimiento de negación de la cabeza de la señorita. Si pues, como si con el contenido de pseudo-efedrina de dos capsulas voy a preparar un alucinógeno mismo *éxtasis*.

Lo intenté. Intenté pasar un día en paz y no me dejaron. “Señorita por favor (siempre soy educado) necesito condones, hoy es el día del amor, ¿Cuáles tiene?”, la chica muy profesional me dijo tener de la marca tal y cual. He insistí: “No la marca sino el tipo, siendo hoy el día del amor, estoy decidido a proporcionar una sublime satisfacción total”. Lo que siguió fue una charla didáctica sobre tipos y usos de condones, al principio muy sobria cual consulta médica pero que poco a poco fue haciéndose embarazosa (no para mí) según el mostrador se iba llenando de una gama de condones de colores, cada uno más funcional que el otro: con aros, con espuela, con sabor, con aroma, con lubricante, con retardante. Mientras me explicaba, yo separaba algunos de los preservativos con el fin demostrar la seriedad de mis intenciones de compra. El rostro de la chica estaba sonrojado más incluso que el estúpido globo rojo de su lado, sobre todo cada vez que reparaba en que al explicarme sobre las ventajas de uno y otro tipo de condón, todos los presentes en la farmacia prestaban atención y concluían que tanta erudición no podía ser sino producto de la experiencia. “Y por favor también dos capsulas de Alergical” le dije terminando la compra y pidiendo la cuenta de los condones escogidos;

esta vez la señorita no puso objeción y me vendió los antihistamínicos a fin que me vaya lo más pronto posible de su establecimiento. Ya no me pica la nariz, aunque no sé qué hacer con tanto condón. Chúpate esa San Valentín.

Si eres de las que me aman en secreto y silencio, hoy es un buen día para confesármelo.

Durante la mañana aproveché para hacer un breve sondeo a modo de encuesta entre mis ocasionales interlocutores laborales, lo cual comprobó lo que por televisión comunicó el presidente de la asociación de hoteles y hostales: las reservas de habitaciones matrimoniales del día trece de febrero habían superado largamente a las del día catorce. ¿La razón? El día trece es obligado el refugio clandestino pero glamoroso de un hostel, el catorce con *la firme* es suficiente el dormitorio del hogar. El trece la tarjeta de crédito es un fogoso amante en acción en boutiques y restaurantes exclusivos, el catorce la casera tarjeta de débito reparte helados de vainilla y choripanes en el supermercado del distrito.

Es medio día y no tengo intenciones de ir al restaurante para almorzar. No por ir solo, ya que podría ir con algún colega e incluso invitar a alguna chica de la oficina. No tengo problemas en almorzar solo o acompañado. Pero sí me es insoportable sentarme a una mesa adornada con estúpidos corazoncillos y florecillas artificiales. Entre mis alergias psicosomáticas está la hipersensibilidad a la cursilería, me intoxica. Gracias San Valentín por fin inicié mí tan postergada dieta.

No voy acusar al día en cuestión de ser un invento comercial y desmerecer su celebración sólo por asumir una postura anti-neoliberal. Esas posiciones hacen de ese tipo de detractores del día de San Valentín sólo personas patéticas y perdedoras, incapaces de conmover el sentimiento más noble o el interés más superficial de alguna potencial pareja. Si no tienes un perro que te ladre no culpes al sistema, y consíguete un gato. No soporto el día San Valentín por mi propia experiencia, porque mi cerebro obsesivo es incapaz de detener su insana manía de analizarlo todo hasta descifrar la estructura lógica de cualquier evento o fecha particular, arruinado *la magia* de los sentimientos al demostrar la irracionalidad de su construcción. Patrañas, yo mismo no creo que sea por eso. Simplemente opté por la soledad y presenciar un beso o una demostración de amor me ubica en medio del vacío. Ven y sácame de este bar.

Si eres una de las que alguna vez han recibido mis tantos besos de amor, hoy es un buen día para devolvérmelos.

Chocolates para mamá en su día.

Por Dios, que falta de imaginación para hacer un presente, y que poca tolerancia.

Sucedió el sábado vísperas del Día de Mamá, en el Plaza Veá (esto no es un comercial), en la sección de chocolates donde la gente haciendo un pequeño tumulto se acaparaban y arrebataban las últimas cajas del muy buscado producto.

Mientras esperaba pacientemente a que los emotivos y buen intencionados compradores se decidieran por el dulce regalo de sus mamis, me puse recordar en voz alta aquella lectura que hice sobre las investigaciones realizadas por la Escuela de Medicina y Farmacología de la University of Western Australia, el cual afirmaba que las mujeres adultas mayores que consumen chocolate tiene huesos más débiles y delgados. “El estudio relaciona el consumo de chocolate y la poca calidad de la estructura ósea, aumentando el riesgo de osteoporosis y fracturas”, decía yo mientras algunos voltearon con una sonrisa amable. Continué muy seguro de lo que había leído, diciendo que los investigadores añadían que el chocolate contiene oxalato el cual inhibe la absorción del calcio y además eleva la eliminación del calcio (noté cierta sonrisa de escepticismo e incomodidad en los compradores), “las mujeres que comen chocolate tienen una densidad ósea de un 3,1% menor, en promedio; así también huesos más débiles en el talón, la tibia o el mentón”, recordé dialogando conmigo mismo, ante la atención disimulada de los compradores.

Y bueno, por una cuestión de elegancia no me quedaba más remedio que seguir esperando mi turno para tomar una caja, así que seguí con mi monólogo y recordé diciendo que “otra investigación publicada en la revista médica británica The Lancet señalaba que los beneficios del cacao en la función vascular, se pierden durante el proceso de elaboración del chocolate ya que las flavonoides que son pigmentos vegetales beneficiosos, son extraídas en este proceso”. Algunas miradas agresivas apuñaban mi imagen.

Con la seguridad de cual erudito en la materia, recordé que el chocolate (no el cacao) no es recomendable pues eleva los niveles de colesterol y triglicéridos, por sus altos contenidos que azúcar y grasas, y no sé qué tantos otros perjuicios que el chocolate causa sobre todo a las mujeres adultas mayores; ¡y además! Recordé sobre la estimulación del chocolate a la libido sexual de las mujeres.

Por último ante la atención de todos, me convencí, siempre en voz alta, que no era una *notable idea* regalarle chocolates a mamá, y me retiré de la sección aprovechando que algunos compradores comenzaban a rodearme con cara de pocos amigos. Intolerantes.
... *oops*, ¿alguno de ustedes regalo chocolates?

Jueves después de ceniza.

Amanecí con un terrible dolor de garganta. Se cancelaron mis planes de viajar al sur, a pasar el fin de semana largo en casa de un viejo amigo, visitando los viñedos de Ocucaje, degustando en la bodega de Tacama, noches de tertulia con la luna llena iluminando las dunas del desierto, tardes de aventura descubriendo los fósiles de jurásicos monstruos marinos, esperar la media noche y encontrar el fantasma de la doncella inca caminando sobre el espejo de agua de su laguna, alimentarme con la mejor menestra del país, empalagarme con chocotejas, tomar Pisco Sour. Ni modo, otra vez será.

Yo sé lo que luego vendrá para mañana: tos, fiebre y afonía. Tengo que cortar la enfermedad prontamente, tengo que ir por una urgente consulta médica, así que a desayunar rápido, polvo de gelatina disuelta en agua caliente, me da calor, me hace sudar. Antes, llamo a mi madre para saludarla y excusarme de no poder visitarla, de inmediato reconoce en mi voz aquella dolencia mía de toda la vida, “deja el ají, deja las gaseosas heladas, arrópate para dormir”, me conoce de toda la vida. “¿Ya desayunaste?” me preguntó, “en un minuto lo haré” le mentí por no decirle en que iba a consistir mi desayuno, “¿no estarás pensando desayunar alguno de esos refrescos de sobre?, ¿no?”, miércoles... me conoce de toda la vida; “no mamá voy a prepararme café con leche y algo más que tenga por ahí”, esta vez le dije la verdad. Terminó hincándome al costado con su reproche de dejar la vida en soledad y conseguir una pareja (mujer) que se encargue de mí en momentos como estos. Se supone que la lanza al costado es una especie de tiro de gracia para terminar con el sufrimiento del crucificado, no para iniciarlo; muy propio de estos días santos. Chau mamá.

Aquí en el fondo de mi refrigerador encuentro un trozo de aquel queso que traje de mi último viaje por la sierra arequipeña. Excelente queso, cada región siempre me deleita con cada producto, he probado quesos extranjeros en tantos eventos sociales y sin duda puedo afirmar que lo único que le falta a este queso para tener el nivel de uno suizo es: publicidad y marketing. Queso Paria. Cuentan las tradiciones que los españoles al establecerse en los andes del sur fabricaban queso

exprimiendo la leche cuajada con la ayuda de mantas de las cuales empezaban a gotear el suero y los indios al ver entonces le llamaron “paray” (agua de lluvia) que a la postre daría el nombre “queso paria”. Nada que ver con la definición castellana de: paria. Actualmente se utiliza el término “paria” para definir en general a los excluidos, y en particular los excluidos sociales, los asilados políticos, los políticos sin partido, los marginados, los desterrados, los expulsados, los despojados de sus derechos civiles. Y también los hay como yo: un excluido de los sentimientos, un asilado del olvido, un marginado del cariño, un desterrado de los corazones, un expulsado del afecto, despojado de mis derechos he sido eliminado del registro histórico de las mujeres que una vez amé, todas niegan haberme conocido, haberles pertenecido. Un paria del amor.

Regreso del médico, no sin antes pasar por la farmacia, de la cual salí rengueando, me echo a descansar en el sofá boca abajo, utilizo el control remoto para encender el equipo de sonido, y Ricardo Arjona canta una de mis canciones preferidas.

Mientras me desvanezco le respondo: realmente sí estoy tan solo.

Viernes Santo.

Tal como lo había presagiado, hoy viernes santo la enfermedad se manifestó en toda su dimensión: la congestión, el dolor corporal, la fiebre. Voy a desayunar, me dirijo a la cocina, abro el refrigerador alejando el cuerpo lo más posible y conteniendo la respiración; para

variar sólo estoy en short, no siento el aire frío del congelador, Lima sigue siendo un horno a pesar del otoño, supongo que será las tormentas solares de estas últimas semanas; así que el frío que sale del refrigerador se diluye al instante en el ambiente exterior. Encuentro el tarro de leche, es todo lo que necesito, mi garganta no acepta sólidos. De repente el tiempo parece transcurrir con lentitud, una pesada pausa entra en mi cuerpo como si pesara arrastrar el alma, como si cargara una cruz. Y regresa al cuerpo todos los malestares experimentados en mi vida. El agua caliente en el vaso, la leche del tarro precipitándose continuamente al interior del vaso, pintando de blanco el agua. La leche se termina y luego empieza a caer gota a gota, el tiempo pasa lentamente y las gotas demoran una eternidad en llegar al vaso. Y la gota cae al vaso como de la frente de Cristo una gota de sangre a un charco en su camino al Gólgota, y veo que el vaso en mi mano contiene un espeso líquido rojo, un reflejo natural me ordena aflojar la mano y al instante siguiente mi mente da una contraorden, vuelvo a ver el vaso y es blanco su contenido. Salgo hacia la sala, mis lerdos pasos son detenidos por la mirada de Vallejo desde su cuadro en la pared, no había notado que lograra tal intensidad en sus ojos el día que lo pinté, ni mucho menos que gesticule algunas muecas como lo hace hoy, lo cual me lleva a una conclusión: la fiebre me está haciendo ver alucinaciones. Entiendo que Vallejo me va hablar y creo que será sobre el humano odio de Dios, de repente siento que seré un privilegiado, sin embargo su rostro acrílico sólo atina a decirme que él descartó la medicina por la literatura, ¿?

Acomodado en el sofá, intento entender que quiso decir, y entre las divagaciones de mi mente, encuentro el sinsentido de la celebración del ciento veinte aniversario del nacimiento de Vallejo aún más teniendo en cuenta que no se sabe a ciencia cierta que ésa sea la fecha. Estoy convencido que Vallejo vería con apatía dicha celebración y en cambio estaría complacido de la conmemoración de la fecha de su muerte, la cual no debería realizarse los quince de abril sino los viernes santo, como es hoy. Luego por fin entiendo, Vallejo dejó la opción de ser un brillante médico conocido por muchos pero con el tiempo olvidado por todos, para convertirse en un poeta inmortal y universal. Vaya, con cachita era la cosa, gracias don Cesar. Voy a buscar a la enfermera del condominio, por segundo día clavarán mi carne.

Yo nací un día que Dios leía a Vallejo.

Una vez más regreso de la farmacia, mi última inyección, mi penitencia, mi expiación, una burlona crucifixión de mi carne. He estado tan alejado de Dios, tanto tiempo. Tal vez es el momento propicio de buscarlo, de dar una mirada al cielo. Sin embargo mis caderas no están en condiciones de llevarme a una iglesia y el cielo limeño no es de los que ofrecen la profundidad del universo. Así que mi búsqueda se iniciará en el único lugar donde se encuentran todas las respuestas, tal vez respuestas incorrectas, pero al fin y al cabo respuestas: el internet.

El universo, la morada de Dios

Yo y mi insana manía de cuestionarlo todo. Ante la majestuosidad de las imágenes del universo a través del lente electrónico del telescopio orbital Hubble, mis estúpidas e inoportunas preguntas: ¿Todo esta obra inconmensurable eso sólo para el hombre?, ¿no es demasiado sólo para el hombre?, ¿no habría sido suficiente crear sólo nuestro sistema solar?, ¿por qué crear constelaciones de miles de galaxias, y galaxias de miles de estrellas? Si el cielo terráqueo necesitaba estrellas para adornar su inmensidad, podría haber creado algo más sencillo, más cometas, que sé yo.

O será que no sólo es para el hombre. Será que no somos la única creación de Dios.

Click, un control para la vida.

No. No es el *click* de Tula y Javier.

Es el *click* de ese control remoto que marca el paso de nuestras vidas. Los que han visto la película protagonizada por Adam Sandler entenderán de qué estoy hablando.

No sé ustedes, pero yo últimamente tengo la sensación de que los días y sus horas pasan más rápido que antes. Y peor aún, tengo la casi completa seguridad que uno mismo es culpable de ello. Intencionalmente trabajamos el doble para reducir el tiempo en la obtención de nuestras anheladas metas. Y lo logramos. Lo que normalmente deberíamos conseguir en dos años, lo logramos en uno. Pero hay una consecuencia: Vivimos menos.

Empecinados en alcanzar satisfacciones económicas, tomamos el control de nuestras vidas y manipulamos nuestros tiempos a nuestro dizque interés. Acelerados, nos salteamos los momentos realmente importantes de la vida, así postergamos a la familia, postergamos a los amigos sinceros, los de verdad. Postergamos disfrutar ya sea de una puesta de sol, de una noche estrellada, ya sea del simple viento en nuestros rostros, de la sonrisa de los seres queridos. Así como en la película, será que estamos en *modo automático* y hacemos las cosas por inercia, porque ya nos hemos trazado metas, las cuales debemos alcanzarlas a cualquier costo. Reproductor: 8X.

Despertar un día y dar cuenta de estar convertido en un desconocido de uno mismo, con un físico no mío, prueba fehaciente de mi indisciplina alimenticia producto de una vida dedicada al consumo desesperado de calorías, exquisiteces en volúmenes de banquetes medievales, en platos criollos, exóticos y afrodisíacos. Es decir, paliativos alimenticios que calmen la ansiedad, la frustración, y que “garanticen recompensa y fortaleza” a nuestro acelerado día a día. Hace veinte años imaginábame a mí mismo veinte años después, en ese entonces me proyectaba al futuro donde estaba conduciendo un automóvil del año o sentado en la sala de mi futuro hogar en un cómodo y elegante sofá viendo la tele en una pantalla gigante multicolor. Hoy, ahí está el departamento, el automóvil, ahí está el LCD, ahí está el sofá. Pero ése que antes imaginaba: no soy.

Vender el alma a Morty, dejar de sentir, todo vale con tal de conseguir el propósito del bienestar material. Todo puede esperar. Que esperen los hijos, que espere la pareja, que esperen los padres, que esperen los hermanos. Que espere uno mismo. Veo a mi hijo y no puedo recordar la tersura y delicadeza de su palma y así como la fragilidad de sus dedos, a pesar de haberlo llevado al colegio tomado de la mano. Veo a mi ex y no puedo recordar cuándo y por qué empezó a ser mi ex. Veo a mi madre y reparo que hace veinte años que no le pido un consejo, ni menos escucho los que gratuitamente con amor me da. Verlos a todos y sin embargo no recordar el haberlos visto y menos de que haber hablado con ellos, porque: “hay otras cosas más importantes que recordar y prestar atención”. Yo robot.

Incluso el sexo. Antes el sexo era emocionante, era la culminación del reto de conseguirlo, había que dedicarle tiempo. Hoy ya no es un reto alcanzarlo y sin embargo tener sexo es una casi una obligación, porque el tener mucho sexo con muchas mujeres es lo que se espera de alguien que está en la búsqueda del pseudo-éxito. No sé qué ven las mujeres en un hombre de cuarenta. Nos ubicamos frente a ellas mientras nos hablan, y ellas creen que las escuchamos, mientras en realidad estamos pensando en el trabajo. Y no “reaccionamos torpemente” como los jóvenes, frente a las vicisitudes de la vida, y por ello nos creen “maduros, seguros, con personalidad”, pero en realidad nuestra mente no tiene tiempo para hacerse problemas por esas “cosas sin importancia” por las que ellas sí suelen hacerlo. Y no saben que no las

entendemos y nos limitamos a complacerlas porque poco cuesta hacerlo, y eso hace que se les mueva el piso creyéndonos adorables. Sexo seguro.

Sí. Soy un Adam Sandler, ésta es mi película. Y estoy tan apurado por conseguir éxito en la vida que me estoy olvidando de vivir. Manipulando el Control, aumentando la velocidad de reproducción del DVD, ingresando al modo automático. Aprieto un botón, escucho un *click* y acelero con todo, y no escucho voces ni consejos, ni reclamos, ni reproches, sólo sé que lo que estoy haciendo lo debo de hacer porque sí, porque se supone que eso es lo que quiero y porque se supone que eso es lo que esperan de mí. Y dejo de ser yo para ser un autómatas. Un autómatas más.

Una máquina incapaz de reflexionar sobre sí mismo, que sobrevivió sin un rasguño a un accidente de carretera y sin pasar susto alguno. ¿Por qué no perecí en el accidente? Obvio, estaba en modo automático, y en ese estado en realidad no estoy vivo, y sin vida no puedo morir, además: las máquinas no se asustan. Cuando el cuerpo no da más aprieto otro botón, otro *click* y entonces estoy aquí, intentando reconocermes, intentando saber que fue de mi vida y de la vida de los que me rodean. Reproductor: 1X.

Dios. Quiero devolver este Control, no quiero heredarlo a mis hijos. No quiero verlos convertidos en lo que soy.

Y sin embargo, aún necesito más objetos para satisfacer mi superficialidad, y la tentación es grande, y presionar el botón acelerador tan sencillo. *Click*. (Modo automático. Esto es una grabación).

*Yo no quiero meterme en problemas
yo no quiero asuntos que queman
yo tan sólo les digo que es un bajón...
Yo no quiero sembrar la anarquía
yo no quiero vivir como digan
tengo algo que darte en mi corazón...
Yo no quiero vivir paranoico
yo no quiero ver chicos con odio
yo no quiero sentir esta depresión...
“Yo no quiero volverme tan loco”. Charly García*

Casi un cuento de Navidad

Creía y no creía en la Navidad. Compraba regalos, pero más por complacer a sus amistades. Su casa, en los días previos a la Noche Buena, se caracterizaba por estar más tiempo vacía, y no era que le pareciera, sino que su madre y hermanas estaban ocupadas en sus propios compromisos, saliendo de compras, visitando tiendas y amistades, distrayéndose con los adornos que engalanaban las calles de la capital.

Al llegar a su casa después del trabajo deseaba, aunque nunca lo hubiere reconocido, encontrar a su familia y abrazarse. Mantener en él un poco de ese ambiente a festividad que reinaba en la oficina. ¡Tonterías!, se decía. Entonces, en la soledad de su sala mientras se preparaba una taza de té, se quedó observando el árbol de plástico aún sin terminar de armar. Era un árbol hermoso, ¿Hace cuánto lo habían comprado? No se acordaba, ya hace varios años, era muy práctico, se armaba rápidamente e igual se desarmaba, al día siguiente estaría listo, sólo era necesaria una persona

para ponerlo de pie y adornarlo completamente, por lo que de año en año se turnaban en su preparación. ¿De cuánto era su altura? Tal vez dos metros y medio.

En el esplendor del día de Navidad el árbol se alzaba imponente en la sala, con un radio de un metro, el árbol era arremolinado desde la base hasta la punta con doce docenas de luces multicolores sincronizadas con melodías de villancicos en su cima, el piloto de las luces estaba oculto tras una estrella plateada de un largo velo nebuloso plateado también, desde lo alto dirigía el concierto navideño. Las bolas de colores metálicos, doradas, escarlatas y turquesas estaban acompañadas de adornos como en forma de cajas forradas con papel de regalo. En algunos casos efectivamente era un regalo, pero eso era una sorpresa.

Ahí, en su sala, al observar aquel majestuoso pino, le invadió una extraña nostalgia. El pino hace años estaba ahí representando la Navidad. La Navidad como ahora, una Navidad que no llegaba a su corazón.

Se acordó entonces de aquel arbolito de cuando era niño, de aquel que con sus hermanas adornaban, el mismo que cuando previos días a una Navidad pasada, muy pasada, su padre quien vino a visitarlos lo vio y dijo que ese no era un árbol de Navidad, que los árboles de Navidad son en realidad pinos, y que ese arbolito reilón era sólo un abeto. Su padre tenía razón, a medias. Era un abeto, él mismo comprobó en su enciclopedia que aquel arbolito que con tanto cuidado preparaban se parecía mucho a un abeto. Pero aun así era un arbolito de

Navidad. ¿Quién dijo que los árboles de Navidad tenían que ser pinos? Pensaba.

El alma del abeto era una armadura ingeniosamente construida. Por tronco tenía un fierro de construcción de media pulgada de diámetro, y las ramas de alambres ondulados, probablemente deshilachadas de alguna malla metálica, unidas al tronco con rápidos y toscos puntos de soldadura. Fue comprado así desnudo, apenas pintado de verde. Lo adquirió su madre por un módico precio a un obrero sin trabajo quien le dijo que los materiales eran residuos de la construcción de un mercado.

El abeto fue llevado a casa, llegó tembloroso, mudo y vacío. Al inicio lo miraron con recelo. El alma del símbolo de la Navidad estaría hecha de metal. Pero no llegó sólo, también llegaron diez cintas adhesivas, varios pliegos de papel lustre y muchos más pliegos de papel celofán color verde. Poco a poco el abeto se fue vistiendo de alegría. El papel celofán fue cortado primero en tiras para luego hacerle flecos que simulen hojas cuando sean enrolladas en las ramas previamente forrados con papel lustre. El abeto a medida que se iba vistiendo se iba poniendo contento, dibujaba su sonrisa con el reflejo de las sonrisas de aquel niño, la madre y las hermanas. De ese niño que ahora veinte años más tarde lo recordaba. Las manos no descansaron hasta que el árbol fue completamente adornado, una lata de durazno fue abierta para ser degustada mientras se daba vida al abeto. Vestido con sus hojas, el abeto medía poco más de

cincuenta centímetros. Un poco menos y sería un bonsái. De sus ramas fueron colgadas pelotillas de plástico, pintadas de rojo, amarillo y azul. Cajas de fósforos fueron forrados con papel de regalo y luego también fueron colgados en sus ramas. Sólo usaron un juego de luces, sólo tenían uno. Por esos tiempos no había con melodías musicales, y la luz piloto fue ocultada dentro de una casa de miniatura, de las tres que adornaban el árbol. Animalitos de plástico también eran parte de los adornos. Una de sus hermanas hizo, con la miniatura de un bebé de plástico del tamaño de un pulgar y un retazo de pañoleta semitransparente, un ángel de túnica blanca.

El mismo rito se repetía de año en año durante su niñez, todos cambiaban las hojas del abeto, siempre con el verde celofán, el durazno era cambiado por tajadas de panetón acompañados de chocolatada o en otras ocasiones, Coca Cola, la alegría era la misma, en cada corte de los flecos, la tijera grababa en el celofán no la huella de su filo, sino el rastro de la fe, esos detalles invisibles de los que está hecho en realidad la Navidad.

Ahora, recordando aquel abeto, después de varios años por fin comprendió por que al entrar a una librería, sentía una extraña alegría que al no poder comprender se convertía en nostalgia. Sí. Ahora, también por fin comprendió porque se enamoró en la universidad de esa chica, después de que ella abriera su nueva cartuchera plástica, sacara sus materiales y procediera a forrar sus cuadernos. El olor de la librería y el olor de aquella cartuchera, eran el olor al celofán, el olor de sus remotas Navidades de verdadera felicidad.

Subió a la azotea, ahí debería estar, buscó y buscó entre los cachivaches, hizo a un lado el tanque de una vieja terma eléctrica, luego hizo a otro lado un viejo catre, lo mismo hizo con su viejo coche de bebé, con cuidado, ese coche también tenía su propia historia, pero esta vez era el día en que debía encontrar el abeto olvidado, buscó y buscó infructuosamente. Tal vez fue vendido, regalado, o peor, desechado por su estado tal vez oxidado, que ya no esté en casa sería lo mejor. De pronto, aquel foco de ese poste que se encontraba al lado de su casa, como husmeando en su azotea, se encendió. Hace meses que no lo hacía, y su luz amarilla se mantuvo unos segundos, los suficientes para alumbrar hacia el interior entre un polvoriento panel y el parapeto más alejado, alumbró apenas lo suficiente como para que él pueda adivinar donde estaba el abeto. La luz se extinguió, pero incluso así, en la oscuridad pudo ver al abeto que una vez más estaba tembloroso, mudo y vacío. Lo bajó a la sala, lo limpió primero con la franela para lustrar los zapatos, luego con su propio pañuelo, mientras limpiaba el enclenque armatoste no sabía que decirle, ¿Perdón? Pero ¿Por qué? Era sólo un pedazo de fierro y nada más, no significaba nada, su propia madre le dijo un día que las cosas no tienen vida, que las paredes de su casa no tenían alma así que no habría que llorar en una mudanza, que el alma lo llevamos nosotros, que nuestras almas dan vida a las cosas que nos rodean.

Así, se quedó mirando aquel viejo fierro sucio y retorcido, algunas casi lágrimas en sus ojos se encontraban desconcertadas, no sabían si continuar o

retornar. Por un momento se sintió como la prolongación de aquella figura inanimada que estaba limpiando ahora al parecer más por inercia, pensó, sintió que la Navidad era como ese traste olvidado que tiritaba en sus manos.

En esos momentos su madre y hermanas llegaron de hacer sus compras con bolsas de Ripley, de Saga, de Hiraoka, después de haber paseado en la tarde por el Jockey Plaza también buscando sin saber qué, después de tomar chocolatada en Larco Mar. Su madre vio al abeto, más calato incluso que el día que lo compró, vio el rostro de su hijo, no vio el pino majestuoso, dejó sus bolsas y paquetes a un lado, las hermanas no comprendían, entonces mandó a sus hijas a traer cintas y tijeras, las mandó a la librería por papel celofán, mandó a abrir una lata de duraznos, decía que había que vestir al abeto, decía: “Hay que volver a encontrar la Navidad”.

Ya no quiero ser dueño de tu amor
vete para siempre y no vuelvas más
tú dejaste en mí este gran dolor
que me tiene herido y no te quiero ver
ese amargo amor
que siento en mí por dentro
prefiero solo pensar y solo pensar
que por ti ya nada siento
Ya no puedo más me hace daño tu desamor
estando lejos quizás tengas paz
“Este amargo amor”. Emilio Loyola

La carta

He recibido una carta. Hace semanas.
Aún no la he abierto.
No conozco a la dama que figura como remitente.
Sin embargo sé quién es la dama que la envía.
El nombre de una diosa y el apellido de un conquistador.
El nombre de una de sus amigas y el apellido asociado a
la relación histórica entre el país donde ahora radica y el
Perú.
Elemental.

Ahí está, continúa cerrada.
Sobre el velador, al lado de mi cama, entre la lámpara
celeste y el reloj digital.
Es lo primero que veo al despertar cuando busco la hora
en el reloj.
Es lo último que veo antes de dormir cuando apago la luz
de la lámpara.

Sigue ahí, día tras día, trémula de mis emociones,
esperando la piedad de mi lectura.
No me sorprendió haberla recibido después de tanto
tiempo de.
Modestia aparte, a mí no se me olvida así no más.

He recibido una carta. Hace semanas.
Aún no la he abierto.
Y me ha roto la dieta.
¿Quién envía cartas en estos tiempos? Si se puede enviar
un email.
Sólo alguien que teme que el email sea borrado sin abrir.
O alguien que sabe que su correo electrónico está como
No Admitido.
Ella podría inventar otro correo, pero igual sabe que no
leo correos desconocidos.
Detesto los spam.

Es difícil rechazar una carta.
Generalmente las dejan bajo la puerta.
Una carta certificada la entregan a la mano a uno mismo
o a alguien de la casa.
¿Y si yo la recibiera a la mano? ¿Podría no aceptarla?
¿Devolverla con el mensajero?
¿Se puede hacer eso?

He recibido una carta. Hace semanas.
Aún no la he abierto.
He pensado en romperla, pero sin querer podría leer los
fragmentos y recomponerla inconscientemente en mi
mente, como quien arma un rompecabezas.

He pensado en quemarla, pero me consta que incluso en el negro papel quemado la ceniza de lo escrito tiene otra coloración más intensa por lo que puede ser leído.

He pensado en arrojarla a la basura, pero en el sobre figura mi nombre y dirección, tal vez algún empleado de la baja policía podría devolvérmela pensando que me haría un favor.

He pensado en ahogarla, pero podría ocurrir esa posibilidad en un trillón de que la tinta al salir a flote sobre el agua pueda reordenarse en lo escrito sobre el papel.

He pensado en leerla.

He recibido una carta. Hace semanas. Aún no la he abierto.

En mi soberbia, estoy seguro que me pide perdón con lágrimas sobre el papel.

En mi miedo, estoy seguro que me cuenta que es feliz, deseándome felicidad.

En mi ilusión, estoy seguro que me ofrece regresar, olvidar el pasado.

En mi idiotez, estoy seguro que me dice que lo de ellos no funcionó y es libre otra vez.

En la fría deducción de un análisis inteligente, en realidad estoy seguro que sólo es el saludo temeroso de alguien que no quiere que la bella historia de un imposible, tenga el desagradable sello final de un mal recuerdo.

Un adiós, de amigos.

Lo cual resulta más intolerable para mí.

Podría soportar que las garras de su traición e hipocresía
me descubran más heridas, más no podría soportar que
las yemas de los dedos de su amistad intenten curar mi
herida.

He recibido una carta. Hace semanas.
Aún no la he abierto.
Ahora amigos si me han soportado hasta estas líneas,
solo les pido un consejo.
¿Qué debo hacer con la carta?
Espero sugerencias.

Aquí me tiene bien clavado
soltando las penas en un bar
brindando por su amor
Aquí me tiene abandonado
debiendo tequila pa'olvidar
Y sacudirme así el dolor.
Donde estas bendita
donde te has metido
abre un poco el corazón
deja amarte corazón
ven y sácame de este bar
Déjate querer amor
Quiero ser tu todo y tu corazón
Ven a rescatar amor
Yo quiero ser tu sol
Yo quiero ser tu mar
"Rescátame de este bar". Maná.

Happy Birthday

Anoche al acostarme, reparé en que hoy al despertar tendría registrado un año más de edad.

Hoy al despertar no me sentí un año más viejo.

Sin embargo, al poner en el maletín la raqueta y la pelota, noté que ahora mi short es seguramente el doble de ancho de aquel short que usé en las piscinas termales de Churín.

Recordé entonces que la última vez en Lima, al enfrentarme al closet de mi habitación descubrí que las camisas en el colgador, son así como estampas

fotográficas de cómo los años han ido agregando kilos a mi cuerpo, aumentado mi talla de S a L.

Así también, como evolucionaron los colores, modelos y etiquetas. Una diminuta camisa con la que asistí al quinceañero de la amiga del barrio, soportó intacta el paso de veinte años.

Me pongo los anteojos negros. Negros como mi cabello.

Sonrío.

Si antes, mis prematuras canas de herencia, en mis años de novato estudiante o mozuelo bachiller, me daban cierto aire de madurez, hoy, al multiplicarse con el tiempo son una barrera generacional con los jóvenes de hoy. Sin embargo no es algo que el Natural Black de Men Choice Cleirol, no pueda solucionar.

Tampoco la sesión de frontón a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, me cansó más de lo usual. Hoy tengo registrado un año más, pero sólo es un registro, pienso.

Un duchazo se disfruta sin importar la edad.

Sin embargo, la desnudes en la ducha comprueba que las camisas del closet tienen la razón, los años y los kilos vienen juntos, a pesar de que con el deporte intento controlarlos. Tal vez es tiempo de cambiar la dieta, comer

menos, tal vez menos carnes, aumentar las frutas, disminuir las frituras, eliminar los excesos.

Me afeito.

Horror, una arruga en mi frente.

¿Acaso esas dos rayas entre mis cejas también lo son?

Acaso estoy renegando mucho, acaso hace demasiado sol, acaso tengo que agudizar más la vista.

Afeitarse las menos veces posible, mejor es la crema de afeitar que el jabón, siempre un nuevo afeitador, nunca apurado.

Mi cutis ya no es el de antes.

El sol de los pueblos del nor-orienté, las picaduras de sus zancudos y mosquitos.

El clima de la sierra central, su viento helado, luego su sol abrasante, luego la granizada, luego el sol, luego la lluvia, luego el sol, luego la nevada, luego el sol.

El aire húmedo y contaminado de la capital.

Las polvorientas paracas de sur chico.

La brisa salada de los balnearios del norte del país.

Las noches de bohemia.

Acaso las uñas de alguna gata nocturna pasada de copas.

(¡Oh, amor! si vieras en lo que me ha transformado tu ausencia)

He subido de peso. Tengo que usar ropas oscuras, para disimularlo.

Tengo que salir, es mi cumpleaños me daré el día libre en la ciudad de los nevados.

Antes de salir de mi habitación doy una última mirada a aquella foto de hace veinte años, ese jovencito algo desaliñado con veinte kilos menos que yo, veinte veces más rápido, con veinte errores menos, con veinte sueños más.

Antes de apagar la luz, abro la puerta y el sol sobre los nevados me dibuja reflejándome en el espejo de la habitación.

Y observo el contraste entre la foto y el espejo. Hay un hombre maduro, sobriamente vestido en el reflejo del espejo. Los veinte años me han transformado.

El tiempo no ha pasado en vano. Haciendo mella en mí.
Acaso es el momento para la nostalgia.

Sin embargo... sonrío... maliciosamente.

Tal vez, está mal que lo diga.

Pero. Aunque con veinte años más.

Me veo veinte veces mejor que antes.

Definitivamente.

Estoy como a ellas les gusta.

Debilidad de las de cuarenta.

Bocado de las de veinte.

Gracias tiempo.

Gracias.

Bye.

*Y yo que hasta ayer solo fui un holgazán
Y hoy soy el guardián de sus sueños de amor
Podéis destrozar todo aquello que veis
Porque ella de un soplo lo vuelve a crear...
Ella borra las horas de cada reloj
Me enseña a pintar transparente el dolor...
Y levanta una torre desde el cielo hasta aquí
Y me cose unas alas y me ayuda a subir...
Me dibuja un paisaje y me lo hace vivir
En un bosque de lápices se apodera de mí...
Y me atrapa en un lazo que no aprieta jamás
Como un hilo de seda que no puedo soltar...
Cuando trepo a sus ojos me enfrento al mar
dos espejos de agua encerrada en cristal...
Sólo puedo sentarme, sólo puedo charlar
sólo puedo enredarme, sólo puedo aceptar
ser sólo suyo, sólo suyo...
“La quiero a morir”. Francis Cabrel*

Huye Mabel huye

Una vez más bordeando las chacras.

Tenía el dinero necesario para que Mabel viaje donde su familia en Cajamarca. Sólo había que planear el día de la huida. Un presentimiento me hizo apurar el paso. Ahí estaba el calamitoso caserón maquillado de moho negro, pudriéndose al sol. Ya estaba corriendo hacía el caserón cuando a mitad de mi carrera alcancé a oír los gritos de Mabel. De improviso, desde los matorrales que separaban los huertos y el polvoriento camino, saltó uno de los pendencieros del Rázuri, no sé quién de ellos fue, sólo recuerdo la misma sonrisa

guasona que compartía con el resto de sus compinches apareciendo a mi lado e intentando impedir mi carrera pretendiendo sujetarme del brazo. Pero yo iba demasiado rápido y no tenía tiempo para ser otra vez víctima de su actitud abusiva, no tenía tiempo para asustarme; simplemente en un acto reflejo mi brazo se sacudió del suyo como un látigo y mis dedos involuntariamente golpearon su rostro, haciéndole doblarse de dolor sujetándose la nariz mientras de entre sus dedos brotaba un chorrillo de sangre. Seguí mi carrera sin inmutarme.

Al llegar al patio del caserón, sentada sobre los escalones frente a la puerta estaba la Felipa sacándose la mugre de las uñas, con sus manos descansando sobre su panza. Me miró, me dijo algo así como que me vaya, o que no me importaba, aún no sé qué me dijo exactamente.

Entré al caserón guiado por los gritos de dolor de Mabel, sólo conocía el caserón hasta el pasadizo del cuartito atornasolado, debí ser como aquel súper héroe que en micras de segundo descubrió la ubicación de la escalera de palos viejos al segundo piso, y de dos trancas y braceadas salté hasta el segundo nivel, mientras mi corazón bombeaba sangre hacia mi cerebro, con cada grito de dolor de Mabel. Por fin supe cómo era el cuarto que en sueños había pasado tantas noches al lado de Mabel.

El tuerto empuñaba una gruesa correa que algún día fue la faja de cuero de un caballo, con remaches

diamantados. Ahí estaba azotada, mi Mabel, la niña, con su vestido percutido jironado por las garras del tuerto, atravesada de franjas rojas en la piel, mientras el tuerto gritaba: “Quién fue, dime quién fue, cuanto te dio, dame la plata, perra”. La sangre hervía en mis venas, y cuando el tuerto volvió a levantar el brazo, sujeté la correa desde atrás. No pude ver su rostro, apenas volteó la cabeza hacia atrás para ver quién sujetaba la correa, mi puño de la envergadura de una manzana se estrelló en esa cara de coco peludo. El golpe lo recibió entero, lanzándolo contra un armario de chucherías que Mabel había rescatado no sé dónde, pero que era su único patrimonio. Quedé con la correa en mi mano.

El tuerto se reponía de la pérdida instantánea de sus sentidos. Rodeado de muñecas mutiladas, pelotas desinfladas y vasos reciclados, agitaba torpemente los brazos y giraba la cabeza intentando ubicar algo con su mutilada mirada.

Su único ojo estaba más abierto que lo normal, intentando compensar la falta del otro, aunque sorprendido irradiaba odio, su párpado mutilado balbuceaba maldiciones. Abrió la boca preparando sus palabras y entonces pude ver hilillos de sangre negra manando de sus encías ulceradas por licor, sus dientes amarillos soldados por el sarro de toda una vida, sus labios salpicados de manchas negras: “Tú, fuiste tú”, sólo atinó a decir. Me maldijo, vanamente, pues en esos momentos la ira había hecho de mí un maldito sin compasión para con él. Lo latigueé cuantas veces más por

cada golpe que recibió Mabel. Aún no se incorporaba, así que los primeros golpes los recibió de lleno la mata de su cabeza, lo vi apretando ambos ojos como si no le faltara uno. No sé cuantos golpes le di, pero de a poco se incorporó, su terno haraposos embetunado de una seca brea de mugre fue una coraza que amortiguó los golpes. Y se fue acercando lentamente a mí, soportando la lluvia de correazos hasta que me arrinconó contra la pared dejándome sin el espacio suficiente para maniobrar mi arma. Mabel aún lloraba mirando desde su cama, la pobre no podía aún incorporarse estaba partida de dolor. El tuerto por fin sujetó la correa, y me miró muy de cerca. Fue su error. Como un resorte, de un salto le rompí la nariz de un cabezazo y lo volví a lanzar contra el armario, un peluche que soportó la primera embestida, esta vez cayó al suelo, era un oso de felpa marrón pero ennegrecido por el mismo hongo que cubría el caserón, quedó al lado del tuerto, a ambos les faltaban un ojo. El tuerto se levantó más rápido que la primera vez, y esta vez sólo mis puños eran mis armas las que se estrellaban en el follaje de sus ropas.

Me tomó del cuello con una sola mano mientras con la otra sujetaba el más fuerte de mis puños. Me cortó más que la respiración, me cortó el flujo de sangre hacia mi cabeza, la ira fue contenida, y con la serenidad que da su ausencia vi con claridad que mi estado era bastante difícil. Luego me desesperé cuando ya no podía respirar, con mis últimas fuerzas intenté abrir su mano intentando liberarme, pero el tuerto me levantó desde el cuello y me lanzó en la cama al lado de Mabel que aún seguía

llorando sin poder hacer nada. El tuerto apretaba mi garganta ahora con las dos manos, mientras decía algo así como que yo le había hecho perder mucho dinero y que la iba a pagar caro. Mis ojos voltearon a ver a Mabel, con la mirada que se me iba le decía, que se vaya, que escape, pero la pobre seguía viéndome tirada con el rostro pegado a su almohadón, llorando sin poder hacer nada, soportando el dolor de la paliza que el tuerto le dio.

- Suéltalo viejo maldito. Vas a matar al chico.

La Felipa me salvó. Agarro de los pelos al tuerto y como si se tratase de un muñeco lo incorporó de un tirón que lo obligó a soltar mi cuello, y como si se tratase de un muñeco de fin de año lo lanzó una vez más contra el armario de donde esta vez nada cayó pues ya no había nada en él.

- Maldita perra, te voy a dar una tanda – se incorporó.

El puño de hierro de la Felipa lo derribó y quedó tirado abierto de piernas como cuando se embriagaba.

- Tuerto maldito. Tú me tocas un pelo y yo te mato.

- Este mocoso fue quien...

- Ya lo sé

- Maldita, tú sabías y lo permitiste.

- Viejo imbécil. Tú la hiciste larga con los compradores.

Luego lo mandó callar.

- Vete chico. Tú estás de más aquí. Yo curaré a la Mabel.

Me prometió que nadie más la golpearía, a la misma vez que me arrojaba del caserón. Y me fui lagrimeando

de la asfixia, dejando a la Felipa como una amazona guerrera intimidando con la mirada al tuerto enmudecido en un rincón del cuarto, y a Mabel la niña sobre una almohada empapada de sus mocos y lágrimas. Mirando sin ver.

*Ella, ella ya me olvidó yo la recuerdo ahora
era como la primavera
su anochecido pelo, su voz dormida al beso
Y junto al mar la fiebre que me llevo a su entraña
y soñamos con hijos que nos robó la playa
Ella, ella ya se olvidó de aquellas caminatas
junto a la costanera y el pibe que miraba
“Ella ya me olvido”. Leonardo Favio*

Y no pude olvidarte

En efecto, tal como lo prometieron las chicas de contabilidad vinieron con amigas, seguramente también contadoras. Había una señorita que a la distancia se notaba diferente al resto. Y no era por su edad, pues la edad de las chicas eran bastantes heterogéneas. Ella tenía un semblante diferente, aunque siempre sonriente, no era impostada, mantenía un comportamiento sereno a diferencia de sus amigas que más bien eran festivas, estaba vestida con un conjunto de noche, pantalón gamuza y saco ligero de gabardina ambos negros, y un polo dralón de cuello alto marrón ceñido al cuerpo. Hablaba poco, sólo para precisar tal o cual afirmación en las consultas y comentarios de sus acompañantes.

Danfredo se fijó en ella desde que la vio, una vez más se sintió atraído por su edad. La sacó a bailar y ella evadió o contestó cortésmente las preguntas de Danfredo. La segunda vez que la sacó a bailar, apenas sí le habló, limitándose a sonreír como respuestas. La tercera vez que no pudo ser, cuando Danfredo le extendió la mano ella lo miró fijamente a los ojos mientras se disculpaba por no aceptar. Al igual que una foto, una mirada puede decir más que mil palabras. El caso es que Danfredo se sintió transparente y

desenmascarado, así que regresó donde sus amigos a recomponer el origami de su personalidad, mientras en la entrada se armaba una pequeña alteración del orden. Era Lían Cortés, por lo general siempre que estaba en la ciudad asistía a las reuniones como la que se estaba llevando a cabo, pero siempre llegaba temprano y temprano también se marchaba después de saludar a los asistentes, nunca era de quedarse o llegar cuando la fiesta estaba en plena efervescencia como era en ese momento, pero así es el destino.

Como la fiesta estaba muy entusiasta y desenvuelta a la alegría de los concurrentes prefirió quedarse con el grupo del Área Técnica desde donde saludó y recibió el saludo de los que caminaban cerca de él, desde ese mismo lugar saludó al grupo de Administración, a los inspectores que se encontraban en el segundo ambiente, a los pocos que vinieron de la Alta Dirección quienes curioseaban las artesanías que adornaban la mini biblioteca del recibidor, a las chicas de Archivos, al grupo de Recuperación y a las asistentes sociales que habían hecho un grupo muy ruidoso, y como si debiera ser así para que la enumeración y el saludo a todos los grupos no se trunque por último saludó al grupo de Contabilidad dividido en otro grupillo adyacente formado por las chicas y sus invitadas. Ahí se detuvo el tiempo, fue cuando la vio. La dama del saco de gabardina había reparado en su presencia antes que él en la presencia de ella, de modo que no lo miró aun sabiéndose reconocida. Era ella.

Lían sintió el cansancio de toda una vida depositada sobre sus hombros, como alguien que ha encontrado algo

que ha buscado durante una eternidad y de pronto se siente desfallecer ante su presencia. El arquitecto buscó en Lían un apoyó para su solitaria cruzada en pro de la cultura coctelera, Lían se limitó a pedir un cóctel reconstituyente a base de algarrobina, pero este dulce amargo como el amor, se agotó en el bar. Se refugió en los pisco sour.

Sería ese cansancio inexplicable o el efecto del licor, como fuera, sentado en el sofá entre las conversaciones cruzando frente a sus sentidos, su mente fue borrando los objetos y personas alrededor de la dama del pantalón gamuza negro, se silenció la música, las conversaciones, desaparecieron la gente, los muebles, las paredes, el cielo raso del techo y el mármol del piso; todo alrededor de ella se fue parchando de blanco, hasta que quedó sola sonriendo sin verlo, por último sus ropas sobrias fueron cambiadas por una blusa de colores primaverales mostrando sus brazos lisos, el pantalón cambió por una falda verde suelta, y sus zapatos por unas sandalias de cuero con tiras subiendo sobre sus pantorrillas; el cabello suelto y largo se recogió con unas peinetas, la piel trigüeña clara maquillada en base blanqueadora se tornó rebosante al natural, y alrededor de ella un paisaje se reconstruyó, un parque rodeado de flores con el fondo de un mar azul reflejado por el cielo más azul aún, de diáfanos pegajos alados camuflados entre las nubes, por fin la sonrisa lo encontraba en sus ojos, por fin otra vez podía ubicar en las ventanas del alma, el reflejo de su propia existencia.

- Lían – sus labios endulzaban las palabras – gracias por salir hoy viernes conmigo. No podía terminar la semana sin verte.

Ella tenía el sábado en la tarde la recuperación de la última clase de su maestría y casi de inmediato, al cabo de un par de horas, el examen final del segundo semestre y presentación del trabajo monográfico el domingo temprano.

Lían rebozaba alegría en cada centímetro de su piel.

Al día siguiente, sábado, aceptó ir a una reunión de amigos de otra consultora donde eventualmente prestaba sus servicios profesionales. Su felicidad fue interpretada como flirteo por una chica de hombros rosados salpicados de pecas provocativas, de trazos perfectos y largos cabellos castaños y que buscaba hace un tiempo un acercamiento con Lían; quien galantemente la acompañó hasta su departamento en el que terminó pasando la noche.

A la mañana siguiente una versión aturdida de Lían bajaba las escaleras del edificio, atrás quedó el departamento, atrás quedó el dormitorio, atrás quedó la chica descansando envuelta en el edredón azul de triángulos amarillos, atrás quedaron las horas nocturnas, antes de esa noche fue la tarde soleada propia de una estación cada día más floreada, atrás quedaron esas caricias antes imposibles, aquella chica antes imposible. Fue como un pez que en una noche se bebió un océano. ¿Cómo sucedió? Tal vez el sol aclare sus ideas, tal vez encuentre la respuesta en la profundidad de cielo azul

propio de esos días, hace unas horas era el dueño del mundo, ahora sentía que el mundo lo oprimía. Salió del edificio dispuesto a recibir la luz redentora del astro rey. Pero en su lugar encontró una mañana opaca de colores sepulcrales, el paisaje urbano de una ciudad fantasma. Ante sus ojos, alguien pintó el mundo sobre un gran pliego de papel vegetal, ese alguien debió usar mil rollos de papel *Canson* y otros miles de lápices de colores lechosos.

No se sintió digno de aquel abrazo del cual recibió el don del no temer. Hermilio Valdizan lo condujo a San Felipe en un cruce de cinco esquinas fue en busca de Salaverry donde esperó al Chama que lo recibió en silencio para dejarlo en Alayza y Paz Soldán caminando a Del Ejercito. Entró a su departamento después que su mente se saltó la calle, la entrada, las escaleras y el pasadizo, despertando al momento de girar la llave. Instintivamente sus ojos buscaron en dirección del baño para visualizar imaginariamente aquel espacio rectangular de paredes tapiadas de mayólicas blancas con grabados de florcillas celestes y un surtidor cromado creador de lluvias artificiales que lavan pecados artificiales también.

El ririnear del viejo teléfono negro irritó el silencio de los muebles aún dormidos.

- ¿Aló? – Lían necesitaba más tiempo, él era una duda.
- Aló – una voz casi imperceptible pero siempre reconocible, luego el silencio prolongando una agonía – Lían. ¿Es cierto?
- Hola, ¿cómo te fue ayer?, ¿cierto qué?

- Acabo de tener una discusión telefónica – la voz tan firme como un puño – con la que dice pasaste la noche. Niégalo por favor.

Cinco segundos y silencio, diez y su mente ensayaba una respuesta piadosa, quince y sus labios se negaban a decir una mentira, veinte y algo parecido a un “no” se trituraba en sus dientes. ¿No?, ¿No es cierto? ¿No?, ¿No puede ser? ¿No?, ¿No quiero contestar? ¿No?, ¡Dios mío, no puede ser!

- No lo esperaba de ti – ella usó el “no” correctamente. – Más que todos sus argumentos, tu silencio me lo a confirmado.
- N..., n..., n... – Lían seguía con algo parecido a un “no”, la desesperanza doblegaba su vocabulario.
- Dijo que está embarazada, producto de la larga relación que mantienen juntos desde hace tiempo.
- No – confirmado era “no” – es mentira anoche fue la única vez.
- Seguro te creo – con sorna – ¿y anoche no se pudo embarazar?
- No – esos “no” aún continuaban – no puede suceder
- ¿Por qué no?
- No. Solamente no puede ser. Tomé, tomamos precauciones.
- Parece que tú y ella se entienden muy bien en eso.
- No es decir...
- Me fallaste. Una vez te dije: nunca me falles.
- Te amo. Perdóname.

- De los hombres que he conocido fuiste el mejor, hasta ayer. Toda la vida me guarde para un hombre cómo tú,... eras hasta ayer. No sabes cómo me siento ahora.
- Perdóname por favor, te amo, quiero verte, pedirte perdón en persona.
- No – las lágrimas no ahogaban sus palabras – no quiero volver a verte. Por cómo te portaste conmigo hasta el viernes, te perdono. Pero a partir de hoy, no te conozco.
- Ella no es nada para mí, ella es una falsa, está mintiendo. Tú eres todo para mí.
- Aprende a no expresarte mal de la mujer con la que compartes un lecho – mientras su mano despeinaba sus cabellos - Adiós.
- Nooo, nooo.

La palabra de la desesperanza: No.

Fue en vano. Fueron en vano las llamadas, nunca estaba. Fueron en vano las cartas, eran devueltas sin abrir. Fue en vano el intentar que una amiga interceda por él, la amiga estaba al tanto y tenía instrucciones precisas sobre que decirle a Lían en caso pregunte por ella, aunque era amiga de ambos ya había intercedido por Lían aun antes que él se lo pida, pero él nunca lo supo, años después esta amiga le diría: “No puedo decirte nada de ella, ella no quiere saber nada de ti, ella te perdonó. Ahora tú tienes que perdonarte y seguir viviendo”. Todo fue en vano. La supuesta embarazada tenía su guerra a parte con la ex novia, con sus intrigas disminuía la esperanza de una cada vez menos probable reconciliación. Todo fue en vano, aun cuando la supuesta embarazada vio a Lían convertido en los escombros de su propia persona, se compadeció hasta las lágrimas y el

remordimiento la llevó a tomar el teléfono y contar toda la verdad a la ex novia de Lían exculpándolo de todo cargo, mostrándole como víctima de una trampa. Pero todo fue en vano.

Su última esperanza fue encontrarla en la consultora donde había dejado pendiente la puesta en regla de la contabilidad de los últimos años. La esperó una semana, luego otra, y ella no se aparecía por la oficina, tenía que venir, la empresa tenía que poner su contabilidad al día para someterse a una fiscalización, así que ella tenía que venir de todos modos. Hasta que una mañana después de tres semanas Lían escuchó que la contadora estaba cerrando los libros del año anterior, y fue a su oficina encontrando a otra profesional de las cuentas haciéndose cargo de los asuntos contables de la consultora. Ella había renunciado. Lían renunció ese día.

Ahora después de ocho años mientras bebía un pisco sour más, el presente se volvió a materializar ante sus ojos, la observaba desde su lado de la sala por momentos oculta detrás de las personas que transitaban de la entrada al jardín interno o de sus asientos a la tienda del bar. Ella sonreía rodeada de sus amigas, bailaba poco y cuando lo hacía apenas se alejaba del lugar donde se sentaba. Aun sin verlo, la luz de su sonrisa era dividida en secciones por los cuerpos opacos interpuestos en su desplazamiento como sucede cuando se corta un diamante, las secciones se fraccionaba en las copas de sus acompañantes, en las lentejuelas de algún vestido diamantado, su sonrisa hecha partículas rebotaban elásticamente en todos los objetos opacos o brillantes, lisos o rugosos, en el cristal de los espejos

ornamentales, en el vidrio de la ventana, en los azulejos del primer al segundo nivel, en el piso encerado, en las paredes de color pastel, en el cielo raso. No importa en qué dirección esa sonrisa se disemine aleatoriamente, al final todas convergían en la copa de Lían y de allí entre sus dedos la única forma de librarse de esa luz era bebiendo su placido contenido para descubrir que tenía que volver a llenarla pues no podía vivir sin esa sonrisa.

Lían la miraba mientras el licor afloraba sus emociones, la música dominaba el ambiente y en su mente el silencio, mientras no dejaba de ubicarla con la mirada, era ella después de tantos años y otra vez podía verla. La veo, la veo, la veo, es ella, es ella, es ella, era todo lo que resonaba en su mente y en su pecho su corazón era el primero en sentir los efectos del pisco. Ella rehuía su mirada con tal naturalidad que pareciera que todo alrededor existía, menos aquel lugar entre el sofá y una maceta de plantas artificiales, bajo una copia fotográfica de una pintura de Szyszlo donde Lían se había visto encerrado por su propio miedo. Había visto un fantasma. Pero esta fantasma estaba plena de vida y era tan real que ante los ojos de Lían era tal vez la única persona que existía en medio de tanta gente cuya presencia se empecinaba en eliminar.

Y fue la hora de hacer el honor a la reunión con algún breve discurso y todos coincidieron en que Lían fuera quien las dirija a la concurrencia, como quiera, él siempre se había caracterizado por hablar lo preciso y siempre con mucha sobriedad.

Lían se incorporó mientras el resto prestaba atención, y por discurso, cual poeta descorazonado declamó:

A ciento cincuenta por hora. Mientras fluía la adrenalina.

Trate de olvidarte y no pude olvidarte (. . .).

En la Panamericana. Arrollando fantasmas en la neblina.

Trate de olvidarte y no pude olvidarte (. . .).

En la helada de Huancayo. Con anisado y cecina.

Trate de olvidarte y no pude olvidarte (. . .).

En los bares de Barranca. Con boleros de cantina.

Trate de olvidarte y no pude olvidarte (. . .).

Nadie imaginaba que esa mujer cuyo nombre dejaba en suspenso sin terminar la rima estaba presente, nadie más que ella y Lían... y claro Danfredo suspicaz e impertinente como siempre. Lían terminaba.

En la multitud del mundo.

Perdiéndome entre el resto de los seres.

Trate de olvidarte y no pude olvidarte...

(Pero, ¿Y la rima?)

...Lina Mercedes.

... y el cielo azul se ha puesto gris
porque mañana te iras
Recuérdame
aunque lo nuestro termine esta noche
no has de sentir de mis labios
un solo reproche
Y quédate junto a mí
Al menos un momento más...
Se que mañana no habrá más nada
de aquel amor que fue todo mi mundo
y en las tinieblas me perderé
como un vagabundo
"Reten la Noche". Charles Asnabour

Adiós Viviana

- En otras palabras, quieres saber lo qué estaba haciendo
- Viviana mirándolo fijamente.
- No quiero - Danfredo disculpando su impertinencia.

Primera vez que ambos estaban a la defensiva. Viviana sospechaba que Danfredo sospechaba algo. Danfredo sospechaba que Viviana ya se había dado cuenta que él sospechaba algo de ella.

- No quería interrumpir el tiempo que compartes con tu novio - Danfredo dejó de circundar el tema.

Iba decir simplemente *enamorado* pero apostó que por su edad Viviana ya no estaba para jugar a los enamorados, habían sido demasiadas molestias para mantener *oculto* a un simple enamorado. Sabía que esa relación había progresado y seguro ya era su novio.

- ¿Cómo supiste? - Viviana, sin mirarlo.

- Entre los amigos de los que me hablabas estaba el “amigo del banco” que conociste el día que rebotó tu cheque. Un día el “amigo del banco” desapareció y a tu nómina de amigos anónimos se sumó otro “amigo”. Siempre me hablas de lo que dicen y piensan tus amigos, de modo que podía distinguir de la docena de veces que hacías referencia a ellos y citabas sus comentarios, que estas opiniones podían agruparse bajo el criterio de ir armando esquemas mentales de tal forma que se deducía que eran cuatro o cinco tus amigos. Sin embargo, la heterogeneidad de estos perfiles psicológicos fueron desapareciendo, de modo que la opinión de uno de ellos empezó a resaltar por sobre los otros. Era porque estabas más tiempo con uno y le prestabas más atención que a los demás. A la par que decías “un amigo” de los otros, y “unamigo” de uno en especial. Siempre te diriges a mí por mi nombre pero en cierta ocasión que telefoneé a tu casa al responderme me llamaste con énfasis “amigo”, y me preguntaste por mi salud, mi familia, mi trabajo, acaparaste la conversación para por último decirme que tenías visita de “unamigo” con muy poco énfasis al pronunciarlo.
- Vaya – con incredulidad – ella no contaba con eso.

A Viviana le era más fácil pensar que tal vez los habría visto. Danfredo se sonrió. Ella pensó que él sólo estaba adivinando y que dio con la verdad por pura casualidad, como quien escoge entre el “sí” y el “no”, y tiene el cincuenta por ciento de probabilidad de acertar. Viviana estaba a punto de decirle que el novio no existía,

que era producto de su imaginación, no por ocultarle la verdad sino por demostrarle que ella no era tan sencilla de ser procesada en una conjetura. Danfredo se dio cuenta en la sonrisa de Viviana su intención de negar la existencia del novio.

- Siempre guardas tus fotos junto con las tiras de los negativos. Cuando me mostraste las fotos de tu paseo a las Lomas de Lachay, no estaban los negativos, en el sobre de la casa fotográfica decía treinta y cinco fotos. Al contar sólo encontré treinta y tres. Había dos saltos en la secuencia de las fotos. En unas fotos del grupo estaban todos; los hombres de pie, las mujeres sentadas; luego seguían fotos en grupos cada vez más pequeños, ahí debió faltar una foto, pues en la siguiente tenías florecillas lilas en tu cabello, estabas muy contenta, está prohibido arrancar las flores en las Lomas de Lachay, alguien debió transgredir la regla para mostrarte su especial interés, tenías remangadas los brazos de tu suéter, llevabas en tus manos unas gafas oscuras que no eran las tuyas, pude notar esas gafas en los dedos de otro en la foto del grupo: estabas jugando de manos. La otra foto que faltaba debió estar antes de aquella foto cuando se preparaban a retornar, llevabas un maletín que se parecía pero no era el tuyo, conclusión estabas junto con otra persona de tal forma que se confundieron o simplemente, era tal la confianza que les daba igual llevar el maletín propio o del otro. En conclusión: antes de entregarme el sobre, retiraste las fotos donde estabas con alguien.

- Y todo por ver mis fotos. – Viviana, esforzando una sonrisa - Para que sea la primera y única vez, no volveré a mostrarte mis fotos.
- No es la primera vez. – Danfredo, sonriendo.
- ¿En otra ocasión has concluido algo de ver mis fotos?
- Una vez me dijiste que de tu álbum retirabas las fotos de quienes te recuerdan relaciones pasadas, en otras palabras, retiras las fotos de tus “exs”. En una charla de oficina me contaste que estuviste de enamorado con un compañero de clases y lo difícil que fue seguir viéndolo en las aulas después que acabó la relación. Y en otra ocasión en tu álbum me mostraste las fotos junto a tus amigos de barrio, del colegio, compañeros de estudios y de trabajos. Así que el día que encontramos en la calle a esa pareja, Polo y el nombre de ella no recuerdo, me dijiste que eran amigos de estudios, los saludaste, él te miró con cierta complicidad y tú también, no le hubiera prestado más atención, pero la mirada que ella te echó a pesar de su forzada cortesía me delató su incomodidad, inmediatamente busqué en mi memoria las fotos de tus amigos de estudios, de ella no sabría decir si estaba o no, pero sí tengo la seguridad que él no estaba: el tal Polo fue tu enamorado.
- Tienes razón Danfredo... eres insoportable.
- Debió ser la primera vez que peleaste con el que ahora estás, recuerda, esa vez me buscaste muy triste y deprimida, te negaste a decirme porque estabas así, si acaso era por un hombre te pregunté, demasiado rápido dijiste que no. A partir de esa vez cada vez que peleabas me buscabas y lo primero que decías era que *estabas aburrida* y querías salir a distraerte. Y claro,

cada vez te veía menos. Cada vez te encontraba menos en tu casa. La verdad es que hace tiempo que, si salimos, es porque tú me buscas si acaso tienes tiempo o porque *estás aburrida*.

- No sigas por favor – Viviana se sentía desnudada.

Hicieron una pausa. Callaron. Luego intentaron charlar de otras cosas. Pero cuando ella hizo referencia a lo que decía “unamigo” se sintió tonta, miró a Danfredo y se corrigió. A partir de ese momento cada vez que hacía referencia al susodicho descubierto ya no decía: “unamigo”, iba decir su nombre pero prefirió decir: “mi novio”, para reprochar a Danfredo su descubrimiento impertinente.

- ¿Él no sabe de mí? ¿No es cierto?

- ¿No creerás que le oculto a mis amigos?

- Entonces. ¿Soy uno más de tus amigos?

- ¿Quién más sabe que soy tu mejor amiga?

Seguían con sus reproches. No lo sabían pero iba a ser muy difícil que dejen de hacerlo al menos en lo que dure el resto de la charla. Viviana intentó cambiar el tono de sus palabras. Intentó fusionar a Danfredo y a su novio en algunos rasgos característicos como para que hicieran las paces. Pero Danfredo se empeñaba en singularizarse. Viviana en vano intentaba confortarlo, igualándolo en lo que pudiera a su novio. Pero Danfredo estaba consumido por los celos, y aquellas similitudes, así sean minúsculas, le eran insoportables. Viviana se rindió y continuaron con sus reproches aunque ninguno aceptaba que eran tales.

- ¿Sabes? Él es apenas un par de años mayor que yo. Él es como tú, analiza los sucesos mejor que tú, no en vano es ingeniero de sistemas. De lo que le conté de mis amigos y de ti, él ha llegado a la conclusión que tú estás enamorado de mí. ¿Es cierto? ¿No? Niégalo. ¿Ya vez? No lo puedes negar.
- Vaya, también que le habrás contado - Danfredo se sintió desenmascarado, aun así devolvió el reproche - Entonces pregúntale cuando dejarás de verme.
- ¿Dejar de verte? ¿Crees que él me pedirá eso? ¿Crees que no confía en mí?
- ¿Crees que él confía en mí? ¿Tú confías en mí?
- ¿Por qué habría de desconfiar de ti?
- ¿No te he mentado respecto a mis sentimientos?
- Sabía de tu amor. Pero poco debe ser porque nunca me lo dijiste.
- ¿Será que te conviene pensar así?
- ¿Podrías amarme como él?
- ¿Quieres decir si yo podría darte lo mismo que él?
- ¿Es inseguridad lo que noto en ti?
- ¿Sería mi amor tan importante como mi amistad?
- Sólo sé de tu amistad. ¿Amor no me has demostrado?
- ¿Pelearías con él por mi amistad? ¿Me dejarás cuando te lo pida?
- ¿Por qué tendría yo que hacerle caso? ¿Tanto lo amo?
- Tanto no sé. ¿Pero no es acaso lo más importante para ti ahora?
- ¿Insinúas que no es tanto amor sino más bien interés?
- ¿Estamos peleando?
- ¿Podríamos dejar de hacernos tantas preguntas?
- Una última. ¿Él sabe que estás enamorada de mí?

Silencio. Ella hubiera querido negarlo, decirle que estaba loco si pensaba así, pero no podía mentirle, tal vez ocultarle la verdad que no era lo mismo, pero tarde o temprano él descifraría la verdad. Más aún, ella no podía mentirse, ella estaba enamorada de Danfredo.

Luego no hablaron más del tema por varios meses más. Cada vez que salían juntos evadían charlar sobre los sentimientos de ambos, sobre el novio, el futuro del noviazgo, de ellos mismos, de su amistad.

Últimamente se sentían incómodos, se querían, no hablaban de ello. No se piensa cuando se tiende la mano a una amiga para ayudarla a subir un desnivel, él pensaba si ofrecerle ayuda o no, ella pensaba si tomarle la mano o no, podía subir sola pero nunca está de más la cortesía, pero ¿era cortesía lo que él le ofrecía?, o era el interés desinteresado de una persona que siente algo más que amistad, y si ella acepta la ayuda sin necesitarla necesariamente, ¿sería una señal?, ¿señal de qué? Antes disfrutaban de tomarse las manos en ocasiones similares. Ahora el saber que al otro le gusta tomarle las manos, que a ellos mismos les gusta tomarse las manos, les provocaba incomodidad.

“¡Oh, al diablo, que me importa lo que la gente piense, que importa que mi novio me haya pedido en matrimonio, te quiero, escúchame, ¿entiendes?, me gustas así, casi un niño, Danfredo escúchame, abrázame, bésame, hazme el amor ahora y ya no podremos

retroceder, quiero ser tuya, te quiero, maldita sea, ¿escuchas?!”, pensaba ella cuando evitaba la mirada.

“¡Imbécil! Tarado. Pídeselo. Díselo. Dilo. Te quiero, te amo, dame una oportunidad, por favor, seré un adulto para ti, nunca más descifraré tus fotos, tus palabras, tus gestos, nunca más seré el imbécil que todo lo sabe, dime que me quieres, que me amas, por favor, idiotízame con tu amor”, se recriminaba mentalmente Danfredo, demasiado inteligente para enamorarse.

Pasaron los meses. Ella lo citó a pasear.

El sol se ahogaba irremediablemente entre la saturante niebla que se hacía nubes en el firmamento, era una urbanización nueva entre Ate y La Molina, los cerros apantallaban la humedad de la tarde, en media hora su pétrea tierra brillante con la humedad se opacaba hacia un plomo deprimente. Era el silencio propio de una urbanización naciente, o era el silencio que ellos habían traído a la urbanización. No decían nada. Ella lo tomó de la mano. Él presintió lo peor. El cielo otra vez, o como siempre, estaba gris, donde se extinguía la luz de un invisible Sol estaba gris satinado, pero gris al fin y al cabo, el plomo de los cerros también era gris oscuro, la pista era gris piedra, la acera gris desteñido, las nuevas casas construidas aún sin pintar también eran una variedad de gris, era una urbanización gris, ideal para la ocasión, la tarde llegaba a su fin y su luz gris terminó poniendo grises a los dos, la humedad llegó a su punto de saturación y el rocío se formó en el ambiente mismo. Moléculas de agua centellando en toda dirección.

- Es el adiós. ¿No es cierto? Te pidió alejarte de mí.

- ¿Qué podría decirte que no sepas? Crecerías por mí, eso lo sé, pero no puedo esperar a que crezcas. Peor aún, no sé si quiero que crezcas. Si siento algo por ti, es porque eres así como eres. Y sin embargo sé que eso no quiero de un hombre. Es una locura.

Quedaron parados a mitad de la calle. La noche iba ganando espacio. Un auto, el primero de esa tarde casi extinta, dobló la esquina sin perturbar el silencio, mientras encendía por primera vez sus faros haciendo brillar las moléculas de agua en suspensión. El auto pasó cerca de ellos avanzando hasta la otra esquina, se estacionó y apagó las luces que acababa de encender.

- Bueno. Entonces te acompaño a tu casa. – dijo Danfredo, había serenidad en él.
- No es necesario – dijo ella
- Ah, claro – reconoció el auto verde de “unamigo” – el auto, disculpa.

Ella levantó la mirada, él también, se miraron de lleno, era la última vez, sus corazones retumbaban y el silencio dejó su lugar a unos latidos que se hacían frenéticos, los que pudieran habitar la urbanización habrían escuchado el eco de ellos rebotando entre los cerros y las casas nuevas aún vacías, demasiado flujo sanguíneo que desvanecía sus miradas, demasiado ruido que el viento tuvo que intervenir para extinguir los gritos que emanaban del interior de ambos. Sus corazones hubieran saltado como alienígenas desde adentro abriendo desesperadamente sus pechos, podían irse Danfredo y Viviana, cada uno por su camino para

siempre si querían, pero ellos, sus corazones, reclamaban el derecho de morir ahí abrazados el uno al otro. Sin embargo el viento hizo bien su trabajo, y extinguió los latidos, y los despertó.

Nunca se presentaron el uno al otro, así igual, simplemente se soltaron las manos sin decirse adiós, pero conscientes que eso estaba sucediendo. Danfredo la vio cruzar la calle, subir al auto, su tembloroso tobillo y talón derecho dejando el piso y alojándose sobre el tapiz interior, fue lo último que vio de ella antes de cerrarse la puerta. Después sólo sombras al interior. El auto partió, salió de la urbanización y tomó una avenida silenciosa también, el silencio se trasladó a su interior, dos minutos después de dejar atrás el límite de la urbanización, ella no pudo soportar la ansiedad que aleteaba en su pecho como palomas queriendo huir. Entonces le pidió a su novio que detenga el auto, él la miró extrañado, mientras se orillaba. Temió que ella se arrepintiera, que quisiera regresar.

- Abrazame por favor. Abrazame fuerte y no me sueltes - ella le dijo aferrándose a él.

En la urbanización Danfredo se dirigía en busca de otra avenida la que encontró muy transitada a tres cuadras, mientras observaba las luces de los vehículos desgarrando la oscuridad de la nueva noche, su mente ingresó a un bucle reiterante.

- No duele... No duele... No duele...

*Cuanto vacío hay en esta habitación,
tanta pasión colgada en la pared
cuanta dulzura diluyéndose en el tiempo
tantos otoños contigo y sin ti solo...
millones de hojas cayendo en tu cuerpo
otoños de llanto goteando en tu piel
Cuantas nostalgias durmiendo en el desván,
he declarado mi vida
en soledad hago canciones de amor que nunca olvido pues
sobre nubes de otoño las escribo solo
Millones de hojas cayendo en tu cuerpo,
otoños de llanto goteando en tu piel
"Déjame llorar". Ricardo Montaner*

En desamor

Sus pasos lo llevaron a un parque donde el otoño envejecía al tiempo, donde las hojas casi sin vida se desprendían de sus ramas y caían lentamente, prolongándose en una eterna agonía que se repetía una y otra vez, mientras en vano se negaban a llegar al suelo, y morir.

Luego escuchó el crepitar de las hojas secas bajo sus zapatos marrones como la alfombra sin vida tendida a sus pies. Cientos de corazones de enamorados, sin vida, maltrechos, estrujados por el desamor, y tuvo miedo que el suyo también se desprendiera. Puso la palma de su mano sobre su pecho, en vano intentó escuchar el eco de sus latidos y pensó: "Qué importa. Total, para lo que sirve el corazón".

Se sintió en el cementerio de lo que en primavera fue la vida de la naturaleza y de su amor.

No había más golondrinas indiscretas que desde los árboles ponían su grano de arena para la relación, con cincuenta gramos de alpiste digeridas en su interior, que lo obligaba a escapar de la mano de su amada entre risas y candor.

El parque estaba vacío, no se encontraba ni el cuidador.

Ésta es la reja donde ella se apoyó, ésta es la banca donde se sentaron los dos, pero no hay niños alrededor. No están las margaritas que con su mirada ella floreció, la paloma sin miedo que de las manos de los dos comió, hoy no están los rayos del sol en el rostro de ella que en esos atardeceres sin fin dibujaba sus siluetas al pie de un árbol de limón.

Amenaza una garúa, el agua tal vez pueda revivir a las hojas secas pero no a su seco corazón.

A lo lejos la bocina de algún vehículo apenas sí se escucha, apenas sí se percibe el olor del agua de lluvia estancada desde hace dos días en la pileta de donde no volverá para el público a brotar hasta la próxima primavera, y para él: nunca más.

El cielo limeño es como el limbo por estas temporadas, es vacío, no hay nada. Esta noche no habrá estrellas como esta tarde no hay sol.

Una pálida bandera flamea como queriendo ser parte de la niebla. Por el acurrucar de las palomas respondiéndoles al bramar de las olas, supuso no estar muy lejos de las orillas del mar.

La niebla gris amalgama el espacio, el tiempo y los recuerdos.

Nunca habría de ver heraldos negros, pero sí, tardes grises.

Acaso el parque sólo era un gris holograma en sus recuerdos. Acaso el holograma era él.

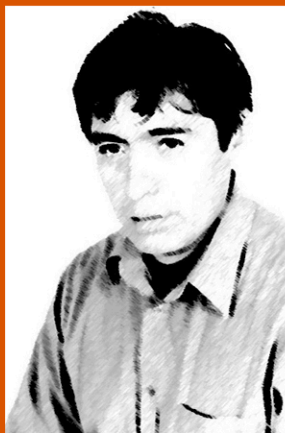
Acaso no son las almas de los difuntos los que recogen sus pasos andados, sino las almas de los descorazonados.

Tal era su soledad que incluso se sentía sin él mismo, vacío, sin peso, por lo que su caminar no emitía sonido alguno.

El viento indiscreto como siempre, que alguna vez le revolvió la razón mostrándole las canelas piernas de su amada quien en ese momento sólo a sonreír atinó, hoy a su paso despejaron las hojas maltrechas dejando al descubierto en los gastados adoquines del pasaje interior,

un ladrillo de cal, donde una vez con una chapa de gaseosa fue grabado un rasgado corazón, encerrando las iniciales de dos, una fecha y un: *por siempre*.

Duele el corazón, aún lo tiene en su interior.



Elías Alejos

Ha recorrido en los últimos quince años los más alejados pueblos y parajes de país en el desarrollo de actividades profesionales ligadas a los proyectos de inversión y desarrollo social, escribiendo sobre temas de interés nacional, así como experiencias y situaciones particulares del ciudadano común.

Instruido académicamente en el conocimiento de las ciencias formales, el autor encuentra en la libertad que le ofrece la narrativa aquello que los leyes físicas y teoremas matemáticos no pueden explicar y menos describir: el sentimiento humano.

La presente entrega es un recorrido por los escenarios de las sensaciones humanas, escenarios en donde irremediamente todos alguna vez nos hemos encontrados ubicados como actores involuntarios, sin guion que nos oriente o al menos nos dé una esperanza de un buen final. Ubicados ahí, por el verdadero autor de todas las elegías y letanías en verso o en prosa: el desamor.

No es extraño por ello, que el lector encuentre en algún relato de la presente, no su propia historia personal, sino la misma sensación sentida en aquella oportunidad en que fue víctima de la perversidad que de tanto en tanto nos propone la vida.

Las veinte lecturas han sido extraídas de tres novelas aún inéditas y otros relatos independientes.

Dicen que todos tenemos una canción con la cual nos sentimos identificados. La verdad es que hay más de una canción, todo depende de las circunstancias.

A pesar del tono sentimental y nostálgico de la presente obra, el autor gusta de escribir sarcásticos e irreverentes monólogos, pero esas son otras materias.